

EL PLANETA DE LOS HOMBRES ALADOS

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



EL PLANETA DE LOS HOMBRES ALADOS

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

486 — Más allá del infierno. — *Clark Carradas*

1. Amor y muerte en la tercera fase. — Ad*am Surray*
2. El secreto del Dr. Tyne. — *Glenn Parrish*
3. ¡Sargazos! — *Curtis Garland*

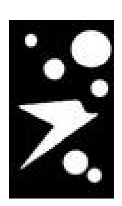
490 — La guardia espacial. — *Clark Carrados*

JOSEPH BERNA

EL PLANETA DE LOS HOMBRES ALADOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 491



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —
CARACAS —MEXICO

Publicación semanal

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 37.549 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1980

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL **BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Un instante después de que la «Athos-416», pequeña r.ave terrestre, cruzase el límite del sistema solar, las extrañas lámparas que se hallaban a medio metro escaso de las cabezas de los dos únicos seres que viajaban a bordo se encendieron, proyectando una luz roja sobre sus rostros, acompañada de un suave y persistente zumbido.

Se trataba de un hombre y una mujer.

Jóvenes.

Ambos se hallaban tendidos en una litera, sujetos a ella por las anchas correas de plástico que cercaban sus muslos, cintura y pecho, mientras que sus brazos quedaban libres.

El hombre ocupaba la parte de abajo de la litera; la mujer, la de arriba. Los dos vestían trajes espaciales, de una sola pieza, muy ligeros. El de él, era azul brillante; el de ella, de color carne.

Ambos estaban descalzos y las uñas de sus pies, como las de sus manos, estaban extraordinariamente crecidas.

También la barba del hombre estaba muy crecida, como si llevase tres o cuatro meses sin afeitarse.

Las extrañas lámparas seguían proyectando su rojiza luz sobre las caras del hombre y la mujer, cuyos ojos permanecían cerrados.

Ambos parecían dormir.

Y dormían.

Un largo y profundo sueño, del que jamás hubiesen despertado de no entrar en funcionamiento el par de sofisticadas lámparas.

El primero en abrir los ojos fue el hombre.

Tenía el pelo oscuro y rizado, muy crecido también; los ojos verdes; la nariz recta. Su cuerpo era largo y atlético, dibujándose perfectamente cada músculo de su proporcionada y vigorosa anatomía bajo el ajustado traje espacial.

Permaneció tendido, muy quieto, resistiendo la luz roja, que no dañaba en absoluto sus ojos.

La mujer despegó los párpados unos segundos más tarde que el hombre y también ella continuó inmóvil, los ojos fijos en la luz roja que la lámpara proyectaba sobre su rostro.

Un rostro sumamente atractivo, enmarcado en sedosa cabellera rubia.

Tampoco de figura estaba mal.

Pero que nada mal.

Bajo el ligero pero resistente tejido del traje espacial, quedaban sugestivamente señalados unos pechos altos, firmes, agresivos, unas caderas espléndidas y unas piernas largas, de muslos maravillosamente torneados.

Hasta los pies, menudos y graciosos, tenía bonitos, aunque ahora quedaban afeados por el excesivo largo de las uñas.

Unos cinco minutos después, las lámparas se apagaban y dejaban de emitir también el suave zumbido.

Ya habían cumplido su misión: despertar al hombre y a la mujer de su prolongado letargo y devolverlos a la realidad.

El hombre movió los brazos y soltó las correas que le mantenían sujeto a la litera, incorporando seguidamente el torso. Se sorprendió, aunque no demasiado, de verse las uñas de manos y pies tan crecidas, así como la barba.

Sabía que había transcurrido un largo período de tiempo desde que la pequeña nave partiera de la Tierra. Período de tiempo del que él no se había enterado, pues despegó dormido y así había surcado el sistema solar.

Udo Wartenberg, que así se llamaba el hombre, conocía bien el proceso de aquel tipo de viajes y sabía que si las lámparas se habían activado automáticamente, era porque ya habían dejado atrás el

sistema solar.

Y para siempre. .

Este pensamiento entristeció a Udo.

Porque triste, muy triste, era saber que jamás podrían volver al sistema solar.

A la Tierra…

Si lo intentaban, su nave sería destruida por la Milicia Espacial Terrestre, cuyas poderosas astronaves tenían orden de desintegrar cualquier nave, modelo «Athos», que se atreviese a regresar al sistema solar.

Las «Athos», pintadas de color rojo muy vivo y con un diseño muy particular, eran suficientemente conocidas por todos, y todo el mundo sabía que a bordo de cada una de ellas iban una pareja de terrestres condenados al destierro eterno por los jueces de la Confederación Terrestre.

La pena de muerte había sido abolida hacía años, a principios del siglo XXI, y los delitos considerados como muy graves se castigaban ahora así, con el destierro.

Una vez juzgados y condenados, los reos eran metidos, de dos en dos —generalmente un hombre y una mujer y de edades similares—, en las «Athos» y lanzados al espacio.

Los viajes de las «Athos» eran controlados, hasta su salida del sistema solar, desde la Tierra. A partir de ahí, el piloto automático se activaba y se encargaba de dirigir la nave, que también podía ser pilotada por los reos, si estos lo deseaban.

Siempre que no la hicieran virar en redondo, para regresar al sistema solar…

Hasta la fecha, desde luego, ninguna de las «Athos» había osado volver.

En todas ellas había alimentos y agua suficiente para subsistir varios años, caso de que, en todo ese tiempo, los reos no hallasen ningún planeta que reuniese las condiciones necesarias para poder instalarse y vivir en él.

Lógico, pues, que los desterrados prefiriesen seguir el viaje con la esperanza de hallar algún planeta habitable, antes de agotar sus víveres, a regresar al sistema solar y ser destruidos por alguna astronave de la Milicia Espacial Terrestre.

Udo Wartenberg interrumpió sus nostálgicos pensamientos y saltó de la litera, deseoso de conocer a la mujer que iba a acompañarle en el destierro.

Aún no la había visto.

Ni ella a él.

A ambos los introdujeron en la pequeña nave sumidos ya en aquel largo y pesado sueño, que las extrañas lámparas se encargarían de interrumpir llegado el momento.

Siempre se procedía así.

Udo se quedó mirando con fijeza a la chica.

Ella, que también había soltado ya sus correas e incorporado el torso, le miró a su vez.

Con idéntica fijeza.

Cuando ya el silencio empezaba a hacerse largo y embarazoso, él se presentó;

—Me llamo Udo; Udo Wartenberg. ¿Y tú?

—Iliana; Iliana Raeva.

—¿De origen soviético?

—Búlgaro,

—Yo soy de origen alemán. Tengo veintisiete años. ¿Puedo preguntarte cuántos tienes tú? .

—Veintitrés.

Udo sonrió ligeramente.

—He tenido suerte, dentro de mi desgracia,

—¿A qué te refieres?

—A ti,

—¿Qué pasa contigo?

—Eres una chica preciosa, Iliana.

—No te hagas ilusiones.

Udo carraspeó.

—Espera que me afeite la barba y verás. Yo tampoco estoy nada mal.

—Qué modesto.

—¿Qué pasa, no quieres que seamos amigos?

—No.

—¿Por qué?

—Eres un hombre.

—¿Y no te gustan los hombres?

—Los odio a todos.

—¿Qué te hemos hecho?

—Mandarme al destierro.

—Cuéntame tu historia, Iliana,

—No tengo ganas.

—Me gustaría conocer qué te pasó, de veras —insistió Udo.

—Como ya no tiene remedio, prefiero olvidarlo. ¿Dónde hay unas tijeras? —preguntó la joven.

Udo dio un respingo.

—¿Qué quieres cortarme?

Dio la impresión de que Iliana Raeva reprimía una sonrisa.

—¿Por qué iba yo a querer cortarte a ti nada?

—Como dices que odias a los hombres...

—Mientras no me toques, no corres peligro.

—Vamos a estar juntos mucho tiempo, Iliana.

—Por desgracia.

—Lo que quiero decir es que...

—Sé lo que quieres decir y vale más que no lo digas, porque mi respuesta es no. Ya te he dicho que odio a los hombres.

—Yo no te he hecho nada, Iliana.

—Pero ya estás pensando en hacérmelo, lo leo en tus ojos.

Udo tosió.

—Sólo quiero que seamos amigos, Iliana.

—Y un cuerno. Tú quieres lo que todos los hombres cuando tienen cerca a una mujer joven y bonita: dejarla sin ropa y hacerle el amor.

—Iliana, yo...

Udo tosió de nuevo.

—Vale más que te calles y busques unas tijeras. No puedo ponerme las botas si antes no me corto las uñas de los pies.

—Y las de las manos...

—Las de las manos a lo mejor no me las corto. Son un arma de defensa muy eficaz en ciertos casos,

—¿Me estás amenazando?

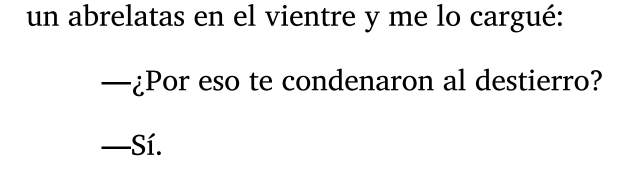
—Advirtiendo más bien,

—¿Qué temes que me arroje sobre ti de pronto y...?

—No serías el primero,

—Yo no soy de ésos, Iliana.

—Mejor para ti, porque al último que intentó violarme, le clavé



un abrelatas en el vientre y me lo cargué:

—¿Por eso te condenaron al destierro?

—Sí.

—¿No pudiste demostrar que él,..?

—No, porque no hubo testigos del suceso. Además, el tipo no murió en el acto, aún tuvo tiempo de hacer una declaración, en la clínica donde fue trasladado con urgencia. Una declaración falsa, por supuesto. Pero la policía le creyó y yo me la cargué.

—¿Qué dijo el tipo?

—Que yo le clavé el abrelatas porque él se negaba rotundamente a casarse conmigo. El tipo, joven y apuesto, era mi jefe. Desde el día que empecé a trabajar a sus órdenes, como secretaria, me venía haciendo proposiciones que yo siempre rechacé, porque él no me caía nada bien. Era el tipo más engreído y más tonto que había conocido jamás. Él lo contó todo al revés y dijo que yo me había insinuado desde el primer día y que por eso había hecho el amor conmigo varias veces. Según el tipo, yo le provoqué y le di toda clase de facilidades porque deseaba casarme con él y cuando él me dijo que de eso nada, me enfurecí tanto que intenté asesinarle. De nada sirvió que yo jurara una y mil veces, con lágrimas en los ojos, que todo eso era falso, que el muy bastardo se me echó encima una tarde, al entrar en su despacho y me tendió en. el sofá, donde me levantó la falda y me arrancó el slip, colocándose seguidamente entre mis piernas, dispuesto a poseerme del modo más salvaje y brutal. Nadie me creyó.

Udo Wartenberg sonrió.

—Me alegro, Iliana.

—¿De qué nadie me creyera...?

—De que me hayas contado tu historia.

—No sé por qué lo he hecho, no quería hablar de dio.

—Yo tampoco soy culpable del delito que se me imputó,

—¿De veras?

—¿Quieres conocer mi historia?

—No tengo demasiado interés, la verdad.

—De todos modos, te la contaré.

—Procura ser breve.

—Lo seré, porque no hay mucho que contar. Alguien asesino a Karl, uno de mis socios. Karl, Franz y yo tenemos un club nocturno; pequeño pero muy rentable. Todas las pruebas me acusaban a mí y yo cargué con el crimen, pese a ser inocente.

—¿Quién crees tú que lo asesinó?

—Franz, no me cabe la menor duda. Es el único que salido beneficiado con la muerte de Karl y con mi destierro, puesto que ahora es dueño absoluto del club.

—¿Y nada pudiste hacer por demostrarlo?

Udo movió la cabeza.

—Absolutamente nada. Franz lo preparó todo tan bien, que ante los ojos de la ley no existía más culpable que yo.

—Una ley estúpida y ridícula, a juzgar por con qué facilidad la pueden burlar cierta clases de individuos.

—Estamos de acuerdo, Iliana.

—Eh, que yo no quiero estar de acuerdo contigo en nada.

—Creí que habíamos empezado a simpatizar...

—Nunca podremos simpatizar, tú eres un hombre.

—Pero eso no quiere decir que sea un violador, como tu jefe.

—Ya veremos.

Udo se rascó la barba.

—Hay una cosa que no entiendo, Iliana.

—¿El qué?

—Si tanto odias a los hombres, ¿por qué no pediste que te desterraran junto con otra mujer? No es muy frecuente, pero a veces

se meten en una «Athos» dos mujeres o dos hombres

—Sólo cuando se trata de lesbianas o maricas. Y que yo odie a los hombres, no quiere decir que me gusten las mujeres. ¿Está claro?

—Muy claro.

—Zanjada la cuestión, pues.

Udo exhaló un suspiro,

—Y yo que estaba tan contento de ver que me habían desterrado con una chica tan joven y tan bonita como tú...

—¿Vienen esas tijeras o no vienen?

—Eh, sin empujar, que sobran sillas.

—Si no quieres buscarlas tú, me bajo de la litera y las busco yo.

—No es necesario, simpática; yo las buscaré —rezongó Udo, y se metió en el cuarto de baño, confiando en hallar unas tijeras en el botiquín.

CAPÍTULO II

Udo Wartenberg encontró las tijeras.

En el botiquín, como había supuesto.

Salió del cuarto de baño y se las tendió a Iliana Raeva.

— Toma, tijeras.

Ella las tomó y empezó a cortarse las uñas de los pies.

—Podías darme las gracias, ¿no? —gruñó Udo. —Gracias,

—Con esa cara más parece que hayas soltado un taco.

—Si no te gusta mi cara no me mires.

—Tu cara me gusta, pero no ese gesto de solterona avinagrada que pones.

—Más vale que cierres la boca no te vaya a caer en ella un trozo de uña,

—Al diablo —masculló Udo y se aparto de la litera. Se introdujo en la cabina de mandos donde había dos cómodos sillones sentándose en uno de ellos.

A través del mirador de la nave, Udo pudo contemplar la inmensidad del Universo, tachonado de estrellas. Luego, observó el panel de mandos.

Tanto él como Iliana habían recibido en la Tierra las instrucciones necesarias para sustituir al piloto automático cuando lo estimasen oportuno.

No era demasiado complicado pilotar una nave como «Athos-416».

Contaban, además, con la valiosa ayuda de una modernísima computadora, que les facilitaría los datos precisos en cada momento.

Udo se lijó en el reloj digital de la cabina, que señalaba no sólo el día. la hora y los minutos, sino también el día de la semana, el mes *y* el año.

Eran, exactamente, las once horas y treinta minutos del día treinta y uno de julio del año 2029.

Teniendo en cuenta que habían despegado de la Tierra el día primero de abril, aquello quería decir que habían tardado cuatro meses justos en alcanzar el límite del sistema solar.

Cuatro meses perdidos puesto que se los habían pasado durmiendo.

¿Durmiendo?

Muertos, sería mejor decir, ya que no fue un sueño natural, sino provocado por el especial tratamiento a que fueron sometidos en la Tierra, poco antes de partir.

Un sueño del que nada podían recordar.

Curiosos adelantos de la Ciencia.

¿O tal vez habría que decir malditos adelantos de la Ciencia?

Udo se quedó con lo último.

Le habían robado cuatro meses de vida y eso no podía perdonarlo.

Ceñudo, se levantó del sillón y salió de la cabina de mandos, regresando junto a la litera,

Iliana ya se había cortado las uñas de los pies y puesto las botas, plateadas, de extraordinaria flexibilidad.

Al ver que también se estaba cortando las de las manos,. Udo, irónico, preguntó:

—¿Ya no piensas arañarme la cara...?

Ella le miró.

—¿Cuándo he pensado yo eso?

—Antes lo dijiste.

—Yo sólo dije que eran un arma de defensa muy eficaz, en ciertos casos. Pero hay otras. Las tijeras por ejemplo.

—Vamos, que si te pongo la mano encima, me las clavas.

—Hasta el fondo.

—Si me matas, tu destierro será mucho más aburrido.

—Pero también mucho más tranquilo.

—Qué mal carácter tienes, guapa.

—Vosotros me habéis hecho así.

—Ya estás pluralizando otra vez.

—Es que todos los hombres sois iguales.

—Yo no he violado jamás a una mujer.

—Pero te has divertido con docenas de ellas, ¿a que si?

—Naturalmente.

—¿Lo ves?

—Las mujeres con las que he compartido, una cama la han pasado tan bien conmigo como yo con ellas, porque no las he llevado al lecho a la fuerza, siempre ha sido de común acuerdo,

—Eso es lo que decís todos para presumir, pero la verdad es que la mayoría de las veces tenéis que recurrir al engaño y a la falsa promesa para conseguir vuestros propósitos,

—Por lo que a mí respecta, puedo asegurarte que...

—No es necesario que me asegures nada, no me importan tus aventuras amorosas —le cortó Iliana—. Toma, te toca a ti cortarte las uñas —le pasó las tijeras y saltó de la litera,

—Condenada chica... —rezongó Udo, muy bajo, y se salto en la litera.

Mientras Udo se cortaba las uñas, Iliana se introdujo en el cuarto de baño. Al comprobar que la puerta no tenia cerrojo, la joven advirtió:

—Supongo que no se te ocurrirá entrar sin llamar, ¿eh, Udo?

—¿Qué vas a hacer? —pregunto él.

—Darme una ducha.

—No te entretengas demasiado, que yo también quiero ducharme. Y afeitarme.

—Sólo tardaré unos minutos.

—Vale,

—Pero no me hagas ninguna zorrada, ¿eh?

—¡Al cuerno! —rugió Udo, realmente enfadado.

Iliana se apresuró a. cerrar la puerta, porque Udo era capaz de arrojarle una de sus botas a la cabeza.

Sonrió,

Pero porque Udo no podía verla.

La verdad es que le caía simpático, aunque, desde luego, tardaría bastante en hacérselo saber. Antes tenía que asegurarse de que se trataba de un buen tipo y que sería tratada siempre con respeto por él.

Después de lo que le había pasado con el hijo de perra de su jefe, no se fiaba de nadie,

Iliana, tras echar un vistazo general al reducido cuarto de baño, se sacó las botas, el traje espacial y el slip, única prenda que llevaba bajo él.

Su cuerpo, completamente desnudo, quedó reflejado en el espejo del armario metálico.

Iliana perdió unos segundos contemplándose en él.

Se encontró exactamente igual que antes de abandonar la Tierra.

Como si hubiesen salido de ella el día anterior, en vez de hacía ya cuatro meses,

Misterios de la Ciencia, porque cuatro meses sin comer ni tomar alimento alguno, era como para haberse quedado con la piel y los huesos.

Y a Iliana, huesos, no se le marcaba ninguno.

La hermosa muchacha se recogió su rubia cabellera y la escondió bajo el gorro de baño que encontró colgado cerca de la ducha, calándoselo hasta las orejas.

Después, se situó bajo la ducha y echó la cortina de plástico, semitransparente. Abrió la llave del agua.

Un agua que no se perdería, pues, mediante un complicado proceso, quedaba purificada y volvía al depósito, en condiciones de ser usada de nuevo.

Mientras se friccionaba todo el cuerpo con la pastilla de jabón, Iliana no le quitaba ojo a la puerta, pero Udo se comportó como un caballero y no asomó la barba. Algunos minutos después, Iliana cerraba la llave del agua y atrapaba la mullida toalla, secándose rápidamente con ella. Luego, fresca y limpia, se vistió y salió del cuarto de baño,

—La ducha es tuya, Udo,

Este, que ya se había cortado las uñas de manos y pies y puesto las botas —plateadas, como las de Iliana—, se introdujo en el cuarto de baño sin decir nada y cerró la puerta.

Udo se quedó parado un instante.

En el ambiente flotaba la fragancia de la piel joven y fresca de Iliana, la tibieza que su cuerpo había despedido en los minutos que ella permaneciera allí; especialmente, cuando se secó con la toalla, provocando la lógica reacción de calor en toda su epidermis.

Udo rezongó una maldición, porque aunque Iliana ya no estaba allí, desnuda y deseable, él parecía sentirla muy cerca de sí, rozándole casi, y eso le excitaba los sentidos.

Mala cosa, porque sólo podía satisfacer su deseo con Iliana y ella, lo había dicho bien claro, no quería nada los hombres.

Con ninguno.

De ahí que Udo se desvistiera y se colocara bajo la ducha con tan mal humor.

Esperaba que el frescor del agua le relajara, porque si no, tendría que revivir ciertos momentos de su adolescencia.

Y tener que recurrir a «eso», a sus veintisiete años...

Sólo de pensarlo se acentuó su mal humor.

* * *

Mientras Udo Wartenberg se duchaba y se afeitaba, Mena Raeva curioseó por la «Athos-416».

AI igual que Udo, donde primero miró fue en la cabina de mandos, permaneciendo allí algunos minutos.

Luego, fue al compartimiento de carga, ubicado en la popa de la pequeña nave.

Allí se apilaban las cajas de víveres, una de las cuales contenía exclusivamente cápsulas vitamínicas, a las que sólo debían recurrir en el caso de que el resto de los alimentos hubiesen sido ya consumidos.

Una de aquellas cápsulas al día, era suficiente para alimentar el cuerpo de un ser humano.

En el compartimiento había, también, muchas otras cosas.

Un par de propulsores individuales,,.

Un bote hinchable, con motor fuera borda...

Una tienda de campaña,...

Un par de colchonetas..

Diversas herramientas...

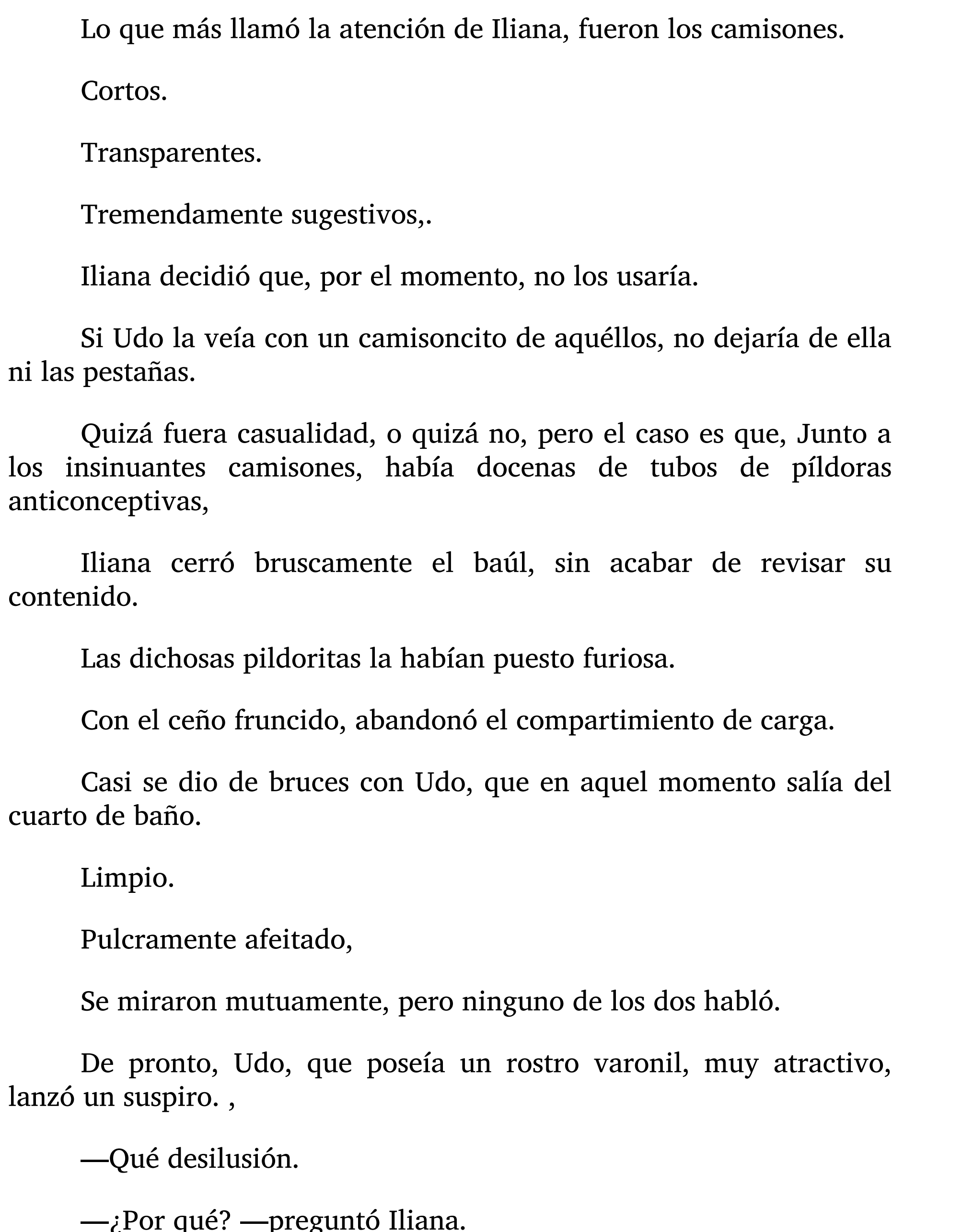
Armas...

Varios juegos, tales como ajedrez, damas, cartas, dados, una diana con dardos, ruleta...

Iliana se fijó especialmente en el par de baúles, uno de color azul brillante y el otro de color carne.

Adivinando que este último era el suyo —por la similitud de color con su traje espacial—, lo abrió

Contenía, efectivamente, artículos y ropa de mujer, tanto de abrigo como ligera, para estaciones calurosas y confeccionada a su medida.



Lo que más llamó la atención de Iliana, fueron los camisones.

Cortos.

Transparentes.

Tremendamente sugestivos,.

Iliana decidió que, por el momento, no los usaría.

Si Udo la veía con un camisoncito de aquéllos, no dejaría de ella ni las pestañas.

Quizá fuera casualidad, o quizá no, pero el caso es que, Junto a los insinuantes camisones, había docenas de tubos de píldoras anticonceptivas,

Iliana cerró bruscamente el baúl, sin acabar de revisar su contenido.

Las dichosas pildoritas la habían puesto furiosa.

Con el ceño fruncido, abandonó el compartimiento de carga.

Casi se dio de bruces con Udo, que en aquel momento salía del cuarto de baño.

Limpio.

Pulcramente afeitado,

Se miraron mutuamente, pero ninguno de los dos habló.

De pronto, Udo, que poseía un rostro varonil, muy atractivo, lanzó un suspiro. ,

—Qué desilusión.

—¿Por qué? —preguntó Iliana.

—Esperaba que. te desmayaras, al verme sin barba.

—¿Del susto?

—De la emoción.

—No es para tanto, hijo.

Udo sonrió agradablemente.

—Sólo estaba bromeando.

—¿Te ha vuelto el buen humor?

—Nunca debí enfadarme contigo. Es cierto que me trataste mal, pero es lógico, teniendo en cuenta lo que te pasó con el puerco de su jefe.

—No lograrás nada de mí, aunque me des la razón —advirtió Iliana.

—Lograré mucho, pero no porque te dé la razón en todo, sino porque a medida que me vayas conociendo mejor, te irás dando cuenta de que no soy un mal tipo y acabarás tomándome cariño.

—No sueñes despierto.

—¿Quieres apostar algo?

—¡Huy!, me parece que tú eres más engreído aún de lo que era mi jefe,

—No me compares con ese cerdo, por favor.

—¿Te he ofendido?

—Profundamente.

—¿Y por qué sigues con la sonrisa en los labios?

—Porque me he prometido a mí mismo no volver a enfadarme contigo, hagas lo que hagas y digas lo que digas.

—Te va a ser muy difícil.

—Lo sé. Pero yo siempre consigo todo lo que me propongo, Iliana.

—¿Todo...?

—Todo lo que depende de mí, se entiende,

—¡Ah!, bueno —sonrió irónicamente Iliana y fue hacia la cabina de mandos.

CAPÍTULO III

La «Athos-416» llevaba una aceleración constante y la distancia que al principio de su viaje recorrió en treinta, mas, la recorría ahora en sólo siete.

Ese era el tiempo, exactamente, que había transcurrido desde que Udo Wartenberg e Iliana Raeva salieran de su largo y provocado letargo, gracias a las extrañas amparas de luz roja: siete días.

Las cosas, entre ellos, seguían poco más o menos igual.

Udo se esforzaba por ganarse la simpatía de Iliana, pero ésta seguía mostrándose desconfiada, agria y arisca.

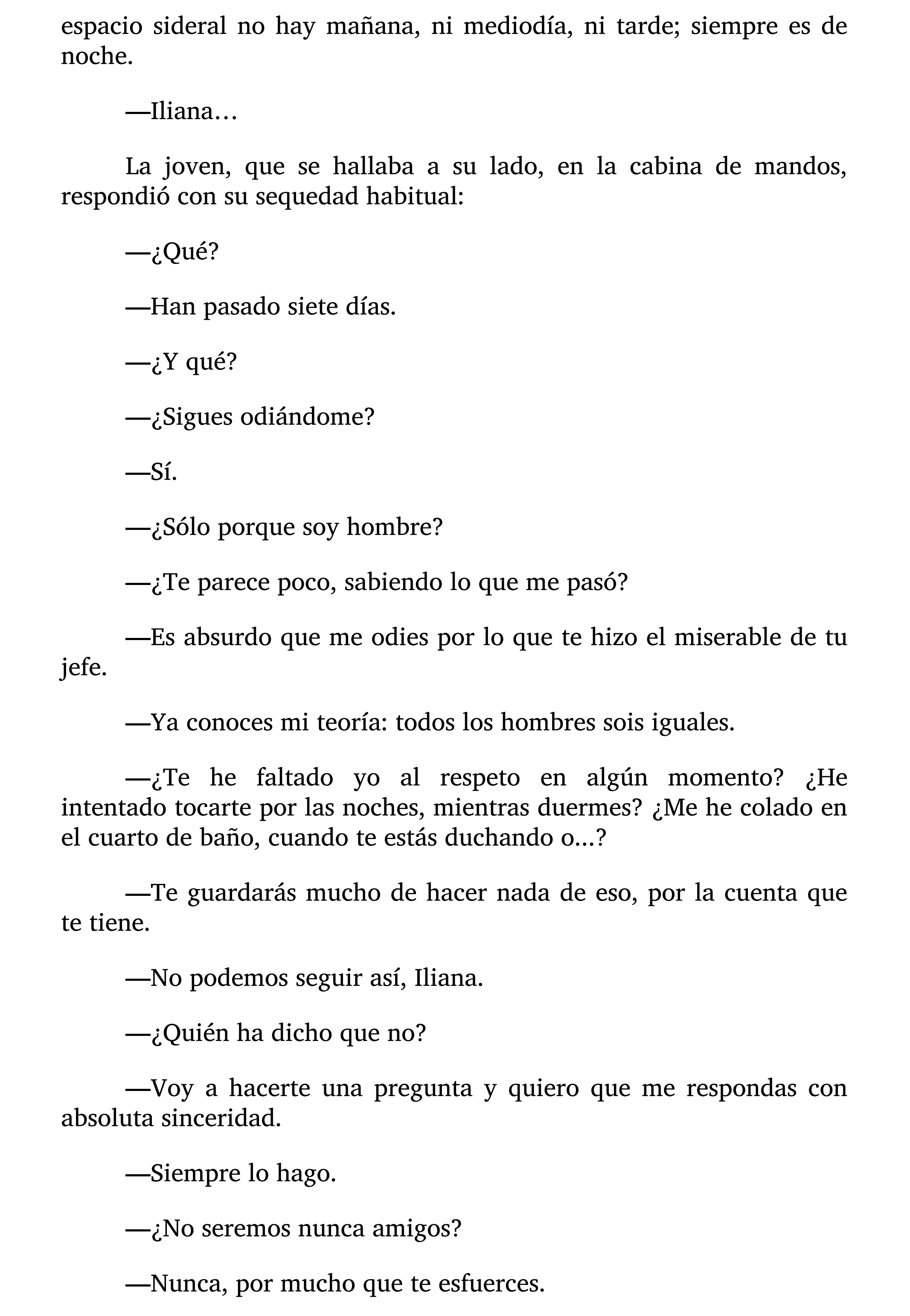
No obstante y aunque muy fugazmente, Udo creía ver en los bonitos ojos de Iliana un destello de satisfacción, perfectamente contenida, lo cual le hacía pensar que la huraña joven le odiaba bastante menos de lo que decía, solo que no quería demostrarlo.

¿Y por qué no quería demostrarlo?

¿Qué temía?

Udo decidió averiguarlo la mañana del octavo día.

Bueno, mañana por la hora que marcaba el reloj, porque en el



espacio sideral no hay mañana, ni mediodía, ni tarde; siempre es de noche.

—Iliana…

La joven, que se hallaba a su lado, en la cabina de mandos, respondió con su sequedad habitual:

—¿Qué?

—Han pasado siete días.

—¿Y qué?

—¿Sigues odiándome?

—Sí.

—¿Sólo porque soy hombre?

—¿Te parece poco, sabiendo lo que me pasó?

—Es absurdo que me odies por lo que te hizo el miserable de tu jefe.

—Ya conoces mi teoría: todos los hombres sois iguales.

—¿Te he faltado yo al respeto en algún momento? ¿He intentado tocarte por las noches, mientras duermes? ¿Me he colado en el cuarto de baño, cuando te estás duchando o...?

—Te guardarás mucho de hacer nada de eso, por la cuenta que te tiene.

—No podemos seguir así, Iliana.

—¿Quién ha dicho que no?

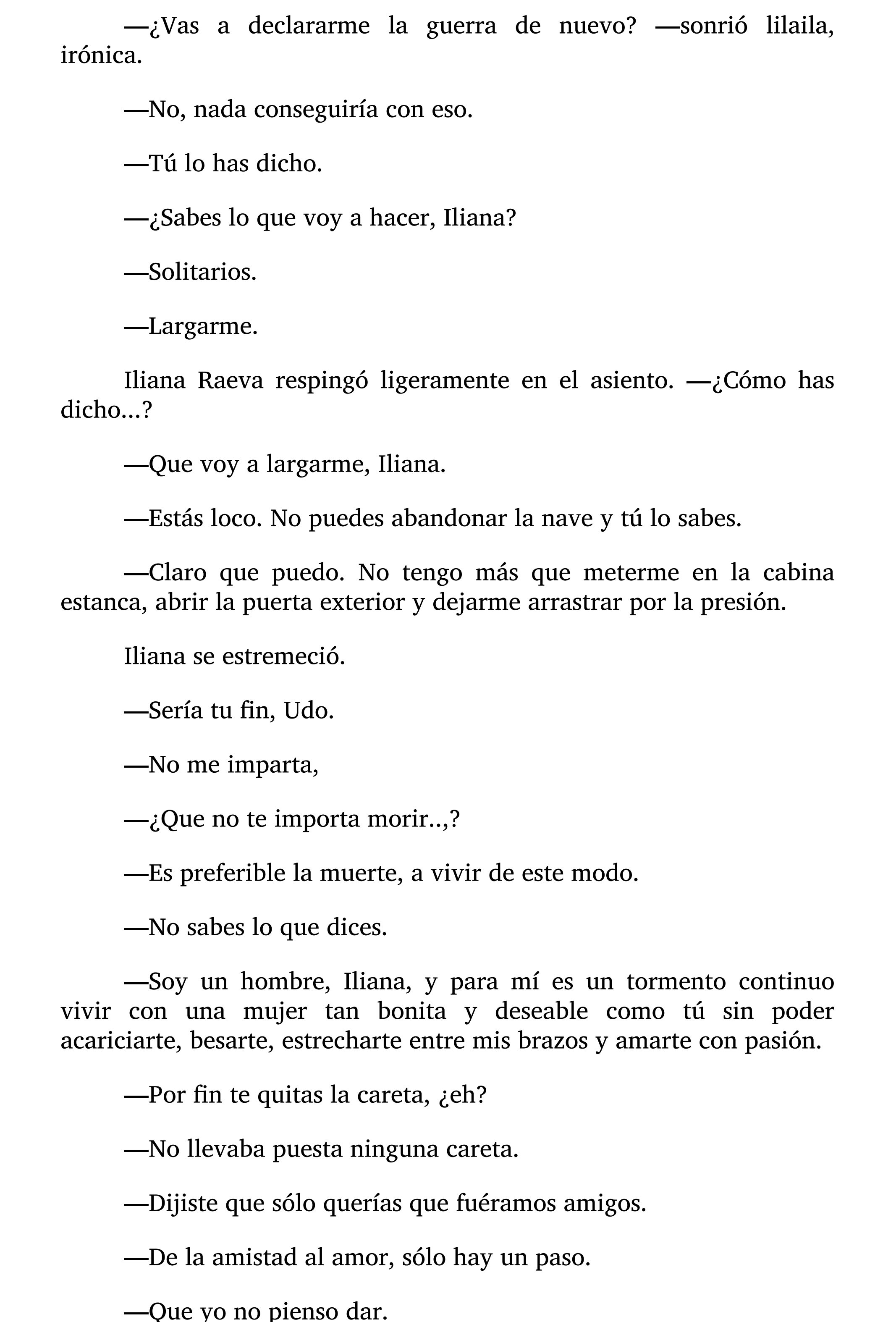
—Voy a hacerte una pregunta y quiero que me respondas con absoluta sinceridad.

—Siempre lo hago.

—¿No seremos nunca amigos?

—Nunca, por mucho que te esfuerces.

—No te preocupes, no voy a esforzarme más,



—¿Vas a declararme la guerra de nuevo? —sonrió lilaila, irónica.

—No, nada conseguiría con eso.

—Tú lo has dicho.

—¿Sabes lo que voy a hacer, Iliana?

—Solitarios.

—Largarme.

Iliana Raeva respingó ligeramente en el asiento. —¿Cómo has dicho...?

—Que voy a largarme, Iliana.

—Estás loco. No puedes abandonar la nave y tú lo sabes.

—Claro que puedo. No tengo más que meterme en la cabina estanca, abrir la puerta exterior y dejarme arrastrar por la presión.

Iliana se estremeció.

—Sería tu fin, Udo.

—No me imparta,

—¿Que no te importa morir..,?

—Es preferible la muerte, a vivir de este modo.

—No sabes lo que dices.

—Soy un hombre, Iliana, y para mí es un tormento continuo vivir con una mujer tan bonita y deseable como tú sin poder acariciarte, besarte, estrecharte entre mis brazos y amarte con pasión.

—Por fin te quitas la careta, ¿eh?

—No llevaba puesta ninguna careta.

—Dijiste que sólo querías que fuéramos amigos.

—De la amistad al amor, sólo hay un paso.

—Que yo no pienso dar.

—Lo sé. Por eso he decidido abandonar la nave.

Iliana sonrió.

—Tú qué vas a abandonar. Lo dices para ablandar mi corazón y que te permita hacerme el amor,

—Te equivocas, Iliana. Hablo muy en serio.

—¿Pues sabes lo que te digo? Que me alegro de que hayas decidido largarte. Primero, porque me quedaré más tranquila; y segundo, porque así los víveres durarán más.

—Ya verás cómo me echas de menos.

Iliana lanzó una sonora carcajada.

—No me hagas reír, Udo. ¡Echar yo de menos a un hombre…!

Udo no replicó esta vez.

Iliana, que seguía riendo, se levantó y dijo:

—Voy a tomar mi sesión de rayos ultravioleta. Por si cuando salgo ya te has marchado, te deseo un buen «viaje». ¡Chao, Udo!

El joven no respondió.

Iliana salió de la cabina de mandos y fue al cuarto de baño, porque allí estaba la lámpara de rayos ultravioleta.

Tomó la toalla, la extendió en el suelo delante de la lámpara, y se desvistió completamente.

Una vez tendida sobre la toalla, boca abajo, conectó la lámpara.

Permaneció unos cinco minutos así, recibiendo los rayos ultravioleta en la parte posterior de su cuerpo. Después, se dio la vuelta y se protegió los ojos con unas gafas especiales.

Estuvo así, boca arriba, unos cinco minutos más.

Era lo prudente, porque permanecer expuesta a los rayos ultravioleta más tiempo, en las primeras sesiones, hubiese resultado perjudicial.

Durante los diez minutos que duró la sesión completa, Iliana no

dejó de pensar en Udo.

Pero sin llegar a preocuparse en ningún momento.

Estaba segura de que él no iba a suicidarse.

Era un zorro.

Sólo trataba de entretenerla, para que le permitiese gozar de ella siempre que le apeteciera. Por eso le había dicho que ella se alegraba de que hubiese decidido abandonar la nave.

Como sabía que no iba a hacerlo...

Iliana apagó la lámpara, se quitó las gafas y se irguió.

Antes de vestirse se miró en el espejo de cuerpo entero del armario, comprobando que su piel ya estaba suavemente bronceada y eso la complació, pues le favorecía mucho.

Una vez vestida, recogió la toalla, la dejó en su sitio y salió del cuarto de baño.

Fue a la cabina de mandos.

Udo no estaba allí.

Iliana no pudo evitar que un ligero estremecimiento le recorriera la espalda, al pensar que...

No.

Tranquila.

Udo debía estar en el compartimiento de carga.

Iliana salió de la cabina y fue hacía allí.

Nerviosa, aunque ella se decía que no tenía por qué estarlo.

Entró en el compartimiento de carga.

El estremecimiento que sintió ahora fue mucho más profundo y no sólo le recorrió la espalda, sino todo el cuerpo, desde el nacimiento del cabello hasta las uñas de los pies, erizándole la piel.

¡Udo tampoco estaba en el compartimiento de carga!

No.

No podía ser.

Udo debía hallarse oculto entre las cajas de víveres, las latas de agua y todo lo demás.

Quería asustarla.

Meterle el miedo en el cuerpo.

Iliana, sin color en las mejillas, empezó a apartar cosas.

Nerviosamente.

No tardó en convencerse de que Udo no estaba allí.

Se acentuó su palidez.

Y su pánico.

Era cierto!

Udo había abandonado la nave!

Se había suicidado!

Iliana se tambaleó al borde del desmayo.

De pronto, respingó.

¡La puerta estanca de la nave!

¡Udo podía haberse escondido allí!

Liana salió precipitadamente del compartimiento de carga.

Mientras corría hacia la puerta estanca, se iba diciendo que si, en efecto, Udo se había escondido allí, le iba a arañar la cara por el mal rato que le estaba haciendo

Alcanzó la puerta estanca.

Iliana pegó materialmente los ojos a la alargada mirilla que permitía observar la pequeña cabina estanca.

No pudo contener un grito de horror al descubrir que puerta exterior de la «Athos-416» estaba abierta.

Ya no quedaba la menor duda!

Udo se había lanzado al espacio!

¡Se había matado!

¡Y por su culpa!

Iliana sintió que le flaqueaban las piernas.

Que se negaban a sostenerla.

Se le doblaron poco a poco y quedó de rodillas en el suelo, pegada a la puerta interior de la «Athos-416».

Las lágrimas acudieron a sus ojos, incontenibles, y le resbalaron por las amarmoladas mejillas.

—Udo… —pronunció, con voz ahogada por el llanto.

CAPÍTULO IV

Udo Wartenberg naturalmente, no se había lanzado al espacio.

Seguía en la nave y miraba a Iliana Raeva por la delgada grieta que había dejado en la puerta del cuarto de baño.

Allí se había escondido, el muy astuto.

Suponía que Iliana, cuando finalizase su sesión de ralis

ultravioleta y saliese del cuarto de baño, iría directamente a la cabina de mandos y por eso él se escondió en el compartimento de carga, después de abrir la puerta menor de la «Athos-416» con un mando de control remoto.

Cuando Iliana fue a la cabina de mandos, Udo salió del compartimento de carga y se metió rápida y silenciosamente en el cuarto de baño, adivinando que a la joven no se le ocurriría mirar allí.

Y así fue, no se le ocurrió.

Como ella acababa de salir de allí…

Udo, al ver que Iliana se derrumbaba y rompía en amargos sollozos, no quiso hacerla sufrir más y salió del cuarto de baño.

Iliana no le oyó.

Ni le vio, porque tenía los ojos cerrados.

Udo se acercó a ella y le tocó suavemente el hombro.

—Iliana…

La joven dio un fuerte respingo.

—¡Udo! —exclamó, con los. ojos muy abiertos, como si estuviese viendo un fantasma.

Udo le sonrió tiernamente.

—No llores más por mí, Iliana. Estoy vivo, ya lo ves.

—¿Seguro?

—Tócame, si quieres.

—¿Por dónde has entrado?

—No salí.

—¿Que no saliste…?

—Me escondí en el cuarto de baño, segundos después de que tú salieras de él.

Iliana empezó a enrojecer de ira.

—Así que todo fue una broma, ¿eh? —dijo, con los dientes tan apretados que le rechinaban.

—Sospechaba que no era cierto que me odiases y quise ponerte a prueba.

—¿Sabes que te voy a poner yo a ti?

—¿Qué?

—¡Las mejillas perdidas a arañazos, por haberme tomado el pelo ! —rugió Iliana, y se arrojó como una fiera sobre él.

Udo, que no se esperaba aquello, cayó de espaldas al suelo, quedando Iliana encima de él.

Como ella le buscaba la cara con sus uñas —mucho más cortas que cuando despertaron del sueño de cuatro meses, pero lo suficientemente crecidas como para abrir dolorosos surcos en la carne —, Udo se apresuró a aprisionarle las muñecas.

—¡Quieta, Iliana!

—¡Te voy a sacar los ojos!

—¡No, por favor! ¡Me privarías del placer de verte!

—¡No estoy para piropos, bandido!

—¡Cálmate, te lo ruego!

Pero Iliana, de calmarse, nada.

En vista de que con las uñas no conseguía llegar a la cara de Udo, porque él no la dejaba, intentó morderle la barbilla, la nariz, los pómulos, las orejas, las cejas y todo lo que se le pusiera al alcance de sus menudos, pero sanos y afilados dientes.

Udo, para evitarlo, impulsó su cuerpo, haciéndole girar con brusquedad hacia su izquierda y la situación cambio por completo. Ahora era él quien estaba encima de Iliana, aplastándola con su cuerpo.

Ella levantó la cabeza todo lo que pudo, los dientes prestos a cazar algo, pero el rostro de Udo estaba ahora fuera de su alcance y no pudo morderle nada, lo cual aumentó su furia.

—¡Maldito hijo de,..!

—No lo digas —le cortó Udo—. Frases como esa quedan, muy feas en una boca tan bonita como la tuya.

—¡ Suéltame!

—Cuando te hayas calmado.

—¡Me haces daño!

—Más me has hecho tú a mí en estos siete días y no me he quejado.

Iliana pareció que iba a vociferar de nuevo, pero apretó furiosamente los dientes y se mantuvo callada, respirando agitadamente, la piel del rostro brillante de sudor.

Udo siguió sobre ella.

La parte media de su cuerpo estaba pegada a la de Iliana, y como sus piernas quedaban entre las de ellas, sus sexos se hallaban en contacto y eso excitó a Udo.

Iliana se dio cuenta rápidamente, claro, y advirtió;

—Si abusas de mí, te mataré.

—No soy un violador, ya te lo dije.

—Noto tu excitación.

—Soy un hombre y estoy encima de una mujer joven hermosa. Es natural que mi virilidad reaccione. El día eso no suceda, mal asunto.

—Apártate de mí.

—¿Puedo darte un beso, antes de soltarte?

—No.

—Me gustas mucho, Iliana.

La joven no respondió.

—Creo que me he enamorado de ti —confesó Udo. Iliana siguió

callada.

Udo aproximó su boca a la de ella.

Iliana hubiera podido ladear la cara, para esquivar el beso, pero no lo hizo.

Udo se lo dio.

Fue un beso tierno,

Dulce.

Delicado.

A Udo le pareció que los labios femeninos temblaban ligeramente al contacto con los suyos.

Hubiera querido besarlos de nuevo, largamente y con pasión, pero no quiso abusar de la situación, así que soltó las muñecas de Iliana y se incorporó.

Ofreció su mano a la muchacha; pero ella se levantó sin su ayuda y caminó inmediatamente hacia el compartimiento de carga, donde se introdujo, cerrando la puerta. Udo quedó un tanto preocupado.

Allí había un par de fusiles de rayos infrarrojos y otro par de pistolas de rayos láser,

¿Sería capaz de empuñar alguna de esas armas, y,..? No, no creía que Iliana hiciera eso.

Se había limitado a darle un beso, breve *y* suave.

Eso no podía enfurecer tanto a Iliana,

Además, ella le había tomado afecto, aunque se obstinase en negarlo. Había llorado por él, cuando creyó que había abandonado la «Athos-416»,

¿A qué habría ido al compartimiento de carga, pues? Udo lo supo apenas un par de minutos después, al ver que la puerta del compartimento de carga se abría e Iliana salía de él, luciendo un cortísimo camisón rosa, bajo el cual sólo llevaba una sucinta braguita que hacia juego con él.

Se quedó mirándola con la boca abierta.

Perplejo.

Atónito.

Maravillado.

Iliana se le acercó, descalza y con una deliciosa sonrisa en los labios. Ya junto a él, elevó los brazos y le cercó suavemente el cuello.

—Bésame, Udo —pidió, con cálida voz.

Udo la besó, al tiempo que la estrechaba contra su pecho,

Iliana puso bastante de su parte en la caricia.

Cuando separaron sus bocas, que fue casi tres minutos después, Udo preguntó:

—¿Ya no me odias?

—¿Tú qué crees? —le sonrió maravillosamente ella.

—Que no me has odiado nunca.

—Es cierto.

—¿Por qué fingías lo contrario?

—No quería que supieses que me gustabas, hasta estar bien segura de que tú lo merecías.

—¿Y cuándo te has convencido de ello?

—Hace un momento, cuando me tuviste a tu merced. Me deseabas, pero supiste contenerte. De haber sido un mal tipo, me habrías arrancado el traje espacial y me hubieras hecho tuya por la fuerza bruta. Pero en vez de eso me diste el beso más puro y más sincero que me han dado en mi vida y luego te apartaste de mí.

Udo la apretó más contra sí y la besó en la suave barbilla.

—Me has hecho pasar muy malos ratos, ¿sabes?

—Comparados con el que tú me hiciste pasar a mí, cuando creí que te habías lanzado al espacio…

—Si no se me hubiera ocurrido eso, ahora no estarías en mis brazos.

—Es cierto.

—Y en camisoncito… —Udo deslizó sus manos por debajo de la ligera prenda nocturna y acarició la desnuda espalda femenina, las formidables caderas, para, desde allí, ascender con sus manos y alcanzar los altivos y turgentes senos, que acarició sabiamente, hacendó que Iliana se estremeciese de placer y se mordiese los labios, pera ahogar sus gemidos que escapaban de su garganta.

Udo comenzó a besarla por todo el rostro, rozándola apenas con los labios, lo cual enervó aún más los sentidos de la joven.

Iliana sintió que se le aflojaban las piernas, aunque ahora era por otro motivo bien distinto al de antes.

Emitió un dulce gemido y musitó:

—Udo…

—¿Sí, cariño?

—¿Por qué no me llevas a la litera y continuamos allí?

—¿Sin tomar la píldora?

Iliana sonrió pícaramente.

—Como sabia que más pronto o más tarde, este momento llegaría, las vengo tornando desde el día que despertamos de nuestro largo sueño —reveló.

—Qué chica tan previsora —rió Udo, tomándola en brazos y llevándola hacia la litera, en cuya parte inferior vivieron ambos el momento más feliz desde que se hallaban en el destierro.

CAPÍTULO V

El reloj-calendario de la cabina de mandos de la «Athos-416» señalaba las doce horas y quince minutos del treinta y uno del mes de marzo del año 2030.

Hacía un año justo, pues, que la «Athos-416» había partido de la Tierra, y ocho meses que Udo Wartenberg e Iliana Raeva tenían conciencia de aquel viaje.

De los primeros cuatro meses, como se recordará nada podían recordar, por haberlos pasado en continuo y profundo letargo.

Víveres y agua todavía quedaban en cantidad. Píldoras anticonceptivas, también; pero menos.

Y es que la distracción favorita de Udo e Iliana era el amor.

Apenas jugaban al ajedrez, a las damas, a las cartas, a todo lo demás.

Para ellos, el juego más divertido era el amoroso, y cuando no lo proponía Udo, era Iliana la que lo proponía y el otro siempre aceptaba.

Se querían.

Muchísimo.

Su felicidad, sin embargo, no era completa.

A ambos les preocupaba su futuro.

Un futuro terriblemente incierto.

¿Encontrarían algún día un planeta habitable, donde instalarse, vivir, tener hijos...?

Desde su salida del sistema solar, habían hallado varios planetas,

pero ninguno de ellos reunía las condiciones indispensables para permitir la vida de seres terrestres.

Unos carecían de atmósfera, o la tenían tan tenue que el tanto por ciento de oxígeno libre era escasísimo a todas luces insuficiente y no podrían salir de la «Athos-416» sin escafandra y con la consiguiente provisión de oxígeno.

Otros tenían una temperatura bajísima, por hallarse muy alejados de su estrella más próxima y no recibían apenas calor de ella, como sucede con Júpiter. Saturno, Urano, Neptuno y Plutón, cuyas temperaturas máximas en la superficie, por hallarse tan distantes del Sol, son de —140 °C, —160 °C, —210 °C, —230 °C y —260°C, respectiva mente.

En algunos casos, ocurría todo lo contrario: el planeta hallado estaba tan próximo a su estrella más cercana que la temperatura en él era elevadísima, como ocurre con Mercurio, por ejemplo, que por hallarse a una distancia medía del Sol, de sólo cincuenta y ocho millones de kilómetros, la temperatura de su superficie es de 400 °C.

Udo Wartenberg e Iliana Raeva no perdían la esperanza de hallar un mundo de características similares a las de la Tierra, aunque fuese mucho más pequeño, pero se llevaban una gran desilusión cada vez que descubrían un planeta y la computadora les hacía saber que la vida terrestre era absolutamente imposible en él.

Aquella mañana, Udo estaba pensativo.

Así le sorprendió Iliana, cuando entró en la cabina de mandos, luciendo uno de sus atrevidos camisoncitos.

Por sugerencia de Udo, ya no usaba nunca traje espacial.

Udo quería que fuese así, porque de ese modo él lo tenía «todo» más a mano, aparte de que era un autentico regalo para la vista, dada la brevedad y transparencia di los camisoncitos.

Tampoco Udo usaba traje espacial.

Iba en slip.

La temperatura, a bordo de la «Athos-416», era de veinticinco grados y no sentían ningún frío, pese a ir prácticamente desnudos.

Iliana se sentó sobre las rodillas de Udo, le rodeó el cuello con

sus brazos y le besó amorosamente en los labios,

Udo le devolvió el beso, mientras le acariciaba los sedosos muslos con la mano derecha,

—¿Ocurre algo, Udo? —preguntó ella, cuando separaron sus bocas.

—Nada —respondió él—. ¿Por qué lo preguntas?

—Te noto preocupado.

—No estoy preocupado, sólo pensativo.

—¿En qué piensas?

—En lo mismo que tú piensas muchas veces, aunque so me lo dices.

Iliana le acarició el oscuro y rizado cabello, que ella misma le recortaba cada dos o tres meses.

—Voy a decirte algo, Udo. Me gustaría encontrar un planeta habitable tanto como a ti pero, aunque no sea así y muramos los dos dentro de algunos años, cuando rayamos agotado los víveres y las cápsulas vitamínicas, no volveré a maldecir a los jueces de la Confederación Terrestre por haberme condenado injustamente al destierro.

—¿No?

Iliana movió levemente la cabeza.

—Gracias a ellos te conocí a ti y a tu lado he vivido los mejores ocho meses de toda mi vida. No importa que estemos solos, encerrados en una pequeña nave, que vaga sin rumbo fijo por la negra inmensidad del Cosmos. Soy feliz, porque te quiero con locura y sé que tú también me quieres.

Udo la abrazó con fuerza.

Eres maravillosa, Iliana.

—Tú también, Udo.

—¿Qué te parece si lo celebramos?

—¿El qué?

—Que los dos seamos maravillosos,

—¿Y cómo sugieres que lo celebremos?

—A ver si lo adivinas —dijo Udo, cuando ya sus manos ascendían hasta los hombros de Iliana y soltaban los lacitos del camisón, que resbaló suavemente por el pecho femenino, dejándolo al descubierto,

Iliana sonrió,

—Sigues siendo tan zorro como el primer día.

—Y tú tan apetecible —repuso Udo, besando los cálidos y armoniosos senos, de maravillosas aureolas, ligeramente más oscuras que el resto de la piel y delicados pezones, que se irguieron cuando los dientes masculinos empezaron a juguetear con ellos.

Iliana cerró los ojos dulcemente y le dejó hacer, como siempre.

Las manos de Udo buscaron ahora los lacitos laterales de la minúscula braguita, para hacerla caer y poder acariciar el más íntimo rincón femenino.

Pero no llegó a soltar los lacitos.

Y no porque ya no deseara hacerlo, sino porque la computadora había empezado a emitir datos.

Udo se quedó quieto y miró la alargada pantalla del ingenio electrónico, donde iban apareciendo escritos los diversos datos, que al propio tiempo quedaban registrados en la ancha tira de papel que iba surgiendo por la ranura correspondiente.

Iliana, al oír que la computadora se ponía en funcionamiento, abrió los ojos de golpe y los clavó también en la rectangular pantalla.

—¡Nos acercamos a un planeta, Udo! —exclamó, porque eso era lo que leía en la pantalla.

—Sí.

—¿Tendremos suerte esta vez...?

—Algún día tendrá que romperse nuestra mala racha, ¿no? —

sonrió levemente Udo, procurando controlar su nerviosismo.

Iliana no hacía nada por controlar el suyo y temblaba como una hoja sobre las rodillas de Udo.

Este, dándose cuenta de ello, la abrazó cariñosamente, y así, pecho contra pecho, mejilla contra mejilla, fueron leyendo los datos que les facilitaba la computadora.

Se trataba de un pequeño planeta, tres veces menor que la Tierra, pues su diámetro ecuatorial sólo alcanzaba los 4.200 kilómetros[1]

Tenía atmósfera, lo suficientemente densa y con la cantidad necesaria de oxígeno libre para poder respirar libremente, y su temperatura, en las regiones más cálidas, no sobrepasaba los 50 °C, mientras que en las más frías era de —40 °C. Había agua suficiente y abundante vegetación. La vida terrestre, por tanto, era perfectamente posible.

Cuando la computadora confirmó esto último, Udo e Iliana lanzaron sendos gritos de júbilo y se abrazaron mas apretadamente aún.

Iliana lloró de alegría.

Udo no había llorado desde niño, pero también a él le saltaron las lágrimas, presa de una gran emoción. Y es que no era para menos.

Después de un año entero de viaje, de muchos desencantos y muchas desilusiones, habían encontrado, ¡por fin! un planeta perfectamente habitable.

Habitable... pero peligroso.

Muy peligroso.

Udo, e Iliana, lógicamente, ignoraban eso.

De haber sospechado lo que les esperaba en aquel pequeño planeta, se lo hubieran pensado mucho antes de decidirse a tomar tierra en él.

1 *El diámetro ecuatorial, de la Tierra es de 12.757 kilómetros.*

Y, seguramente, hubieran optado por seguir vagando en el espacio infinito.

CAPÍTULO VI

Naturalmente, Udo Wartenberg e Iliana Raeva no pensaron ya en hacer el amor, porque tenían cosas más importantes que hacer; especialmente, Udo.

Sustituir al piloto automático...

Poner en funcionamiento los retrocohetes, para reducir la fantástica velocidad que en aquellos momentos desarrollaba la «Athos-416»...

El pequeño planeta ya podía verse a través del mirador de la cabina de mandos.

Era de color ocre, con algunas manchas verdosas y aduladas.

Udo palmeó la prieta grupa de Ufana e indicó;

—Ocupa tu asiento, preciosa.

—¡Sí! —respondió ella, levantándose rápidamente de sus rodillas.

El camisoncito le cayó al suelo.

Iliana lo recogió, ató los lacitos y se lo puso, sentándose en el otro sillón

Udo ya había sustituido al piloto automático y los cohetes de frenado iban reduciendo la velocidad de la nave.

Muy pocos minutos después, la «Athos-416» giraba ya en torno al pequeño planeta, lo suficientemente cercano para descubrir que el tono ocre correspondía a las zonas montañosas, que predominaban sobre las otras; el tono verdoso, a las regiones selváticas; y el tono azulado, a los mares.

Media hora más tarde, la «Athos-416», cuya velocidad era ahora mínima, se detenía prácticamente en el aire, muy cerca ya de la superficie del planeta. Entonces, realizó un descenso vertical y se pasó en un lugar que Udo Wartenberg estimaba idóneo para el aterrizaje, ya que se trataba de una de las regiones más cálidas de la cara iluminada del planeta, es decir, donde en aquellos momentos era de día.

Según datos facilitados por la computadora, el período de rotación axial de aquel pequeño mundo era del 24 horas y 37 minutos, o sea, que la duración de los días] y las noches era similar a los de la Tierra.

El lugar, en efecto, era muy apropiado para tomar tierra, pues había un grupo de altas montañas a la izquierda, un frondoso bosque a la derecha, un rio muy próximo al bosque, y, entre éste y las montañas, una gran planicie de tierra amarillenta, sobre la cual se había posado suavemente la pequeña nave terrestre.

La temperatura allí, en aquel momento, era de treinta grados.

Calurosa, pero perfectamente soportable.

Udo Wartenberg e Iliana Raeva permanecieron quietos en sus asientos, contemplando el horizonte, el maravilloso cielo azul, recortado por las gigantescas montañas.

—Es un paisaje precioso, ¿verdad, Udo? —comentó Iliana, entusiasmada,

—Sí, es muy hermoso —asintió el joven.

—Estoy deseando explorarlo todo.

—Y yo.

—¡Vamos a vestirnos !—apremió Iliana, levantándose de su sillón.

Udo compuso una mueca.

—Me había acostumbrado a ir en slip y ahora me voy a sentir incómodo con el traje espacial —rezongó.

—¡También yo me había acostumbrado a ir en camisón! —rió Iliana, y le pellizcó la mejilla.

Udo estiró el brazo y le pellizco a ella otra cosa, mucho más intima.

Iliana dio un gritito y se encogió.

—¡Sinvergüenza!

Udo hizo ademán de pellizcarla de nuevo, en otro sitio no menos tentador, pero no le dio tiempo, porque Iliana salió corriendo de la cabina dejando oír su cantarina risa.

* * *

Para aquella su primera salida de reconocimiento, Udo Wartenberg e Iliana Raeva se colocaron los propulsores individuales, sin olvidarse de ponerse al cinto las pistolas de rayos láser.

Dadas las favorables condiciones que ofrecía el planeta, era lógico pensar que existiese vida animal, además de vegetal.

Y tal vez vida humana, pero esto, aunque tanto Udo como Iliana lo pensaban, ninguno de los dos lo mencionaba.

Una vez fuera de la nave, Udo cerró la puerta exterior con su mando de control remoto e indicó:

—Vamos a elevarnos, Iliana.

—Estoy dispuesta —repuso la joven.

Pusieron en funcionamiento los propulsores individuales y accionaron el mando de despegue, elevándose los dos casi al mismo tiempo,

Sobrevolaron la amarillenta planicie; el río, ancho y poco profundo, de aguas tan claras que su lecho se veía perfectamente; parte del bosque cercano, en el que, efectivamente, descubrieron algunas aves y varios animales, bastantes raros, todos ellos,

Pero, si su carne era sabrosa, poco importaba que fuesen raros de forma. Ya lo comprobarían, cuando cazasen algunos.

Cuando volvían a pasar por encima del río, Udo indicó :

—Descendamos, Iliana. Quiero tomar una muestra del agua de este río, para analizarla.

—Con lo limpia que está, no puede ser mala —repuso ella.

—Eso pienso yo. Pero debemos asegurarnos, antes de probarla.

—De acuerdo, bajemos.

Se posaron junto al río, cuyas orillas estaban cubiertas de guijarros de exóticos colores.

Udo extrajo un pequeño frasco de la bolsa que colgaba de su cinto y lo llenó de agua, devolviéndolo a la bolsa.

De pronto, Iliana dio un gracioso respingo.

—¡Mira, Udo! —exclamó, señalando un punto determinado del río.

—¿Qué has visto?

—¡Un pez! ¡ Y parece una trucha!

—¡Sí, por allí va! —rió Udo.

—¿Tenemos cañas de pescar en la nave?

—Por supuesto.

—¡ Estupendo! —Iliana se puso a aplaudir como una niña—. ¡Con lo que me gustan a mí las truchas!

—En cuanto analicemos el agua, vendremos a pescar.

—¡Pues regresemos a la nave y analízala! No sólo me muero de deseos de comer truchas frescas, sino de bañarme en las transparentes aguas de este río. ¿Tú no...?

—También.

—¡No perdamos ni un segundo más, Udo!

* * *

El agua, como ya suponían Udo Wartenberg e Iliana Raeva, era buena, así que ambos regresaron al río, con un par de cañas de pescar desmontables.

—¡Ocúpate tú de preparar las cañas, Udo! —dijo Iliana, despojándose rápidamente del propulsor individual.

—Podrías ayudarme, ¿no?

—¡Lo siento, pero quiero zambullirme cuando antes! —rió la joven

—Muy bonito —rezongó Udo.

Iliana se quitó el cinto, las botas y el ligero traje espacial, conservando sólo el slip.

—¿Me baño así, Udo?

—¿Con el slip...?

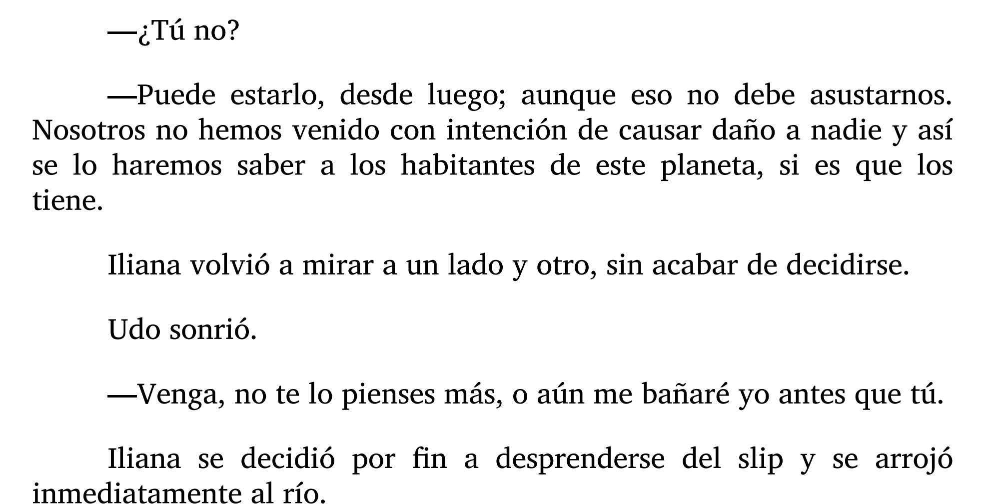
Iliana miró a su alrededor.

—Es por si nos está viendo alguien...

—Yo no veo a nadie. ¿Y tú?

—Tampoco, pero...

—¿Temes que el planeta esté habitado?



—¿Tú no?

—Puede estarlo, desde luego; aunque eso no debe asustarnos. Nosotros no hemos venido con intención de causar daño a nadie y así se lo haremos saber a los habitantes de este planeta, si es que los tiene.

Iliana volvió a mirar a un lado y otro, sin acabar de decidirse.

Udo sonrió.

—Venga, no te lo pienses más, o aún me bañaré yo antes que tú.

Iliana se decidió por fin a desprenderse del slip y se arrojó inmediatamente al río.

—¿Qué tal está el agua? —preguntó Udo.

—¡Deliciosa! —respondió la joven, sumergida hasta el cuello, aunque el agua ni siquiera velaba sus exuberantes armas de mujer, dada su transparencia.

Udo se dio prisa con las cañas, para reunirse cuanto antes con Iliana.

Tan pronto como las tuvo montadas y colocadas, se desvistió completamente y se lanzo de cabeza al rio, gritando :

—¡Allá voy!

El agua, efectivamente, estaba deliciosa.

Pero Iliana, toda desnudita, aún lo estaba más, y Udo no tardó en rodearla con sus brazos.

—Ven aquí, escultura —dijo, atrayéndola hacia sí.

—Udo...

Udo la besó y preguntó:

—¿Qué?

—No estarás pensado en...

—¿Por qué no?

—¿En un río...?

—¿Qué tiene de malo hacer el amor en un río?

—El agua está demasiado clara, se verá todo.

—¿Y qué? Como nadie nos mira...

—Es que yo no estoy segura de que nadie nos mire.

—No pienses más en eso —aconsejó Udo, sin dejar de recorrer el cuerpo femenino con sus manos.

Iliana no puso más objeciones y se abandonó totalmente a las caricias de Udo, cada vez más ávidas y excitantes, y pronto empezó a lanzar dulces gemidos de placer.

Sintió la virilidad de Udo pugnando por abrirse paso entre sus muslos y ella los separó, porque deseaba sentirla dentro de sí.

Udo la asió por los carnosos glúteos y la levantó, lo suficiente para que su sexo pudiese penetrar en la vagina de Iliana, quien, para facilitar las cosas, elevó las piernas y abrazó con ellas la cintura masculina.

Udo la poseyó e Iliana dejó escapar un quejido de gozo, al tiempo que se abrazaba con más fuerza a él y trataba de acoplar sus movimientos a los de Udo, lentos y suaves al principio, rápidos y vigorosos después.

—¡Udo! —gritó Iliana, y mordió el hombro de él, al borde ya del placer supremo.

Udo aceleró aún más sus movimientos, empleándose con todo su vigor y escasos segundos después alcanzaban los dos el clímax, entre jadeos y gemidos de placer.

Tras el maravilloso orgasmo, Iliana quedó como muerta entre los brazos de Udo, sin fuerzas para sostenerse por sí sola.

Udo la besó dulcemente en el cuello, sobre una arteria que todavía palpitaba con fuerza.

—Bien, ¿no? —preguntó,

—Fantástico —respondió Iliana, sintiéndolo aún dentro de ella.

—Tenemos que repetirlo.

—Siempre que quieras.

—Y vas olvidándote ya de las pildoritas, ¿eh?

Iliana lo miró.

—¿Quieres que tengamos un hijo...?

—Prefiero que lo tengas tú, que los partos son muy dolorosos.

—¡Tanto! —rió Iliana, y le dio un cachete.

Udo se lo devolvió, pero en la nalga zurda.

Iliana fue a protestar, pero en aquel preciso instante descubrió algo que la dejó sin voz.

Totalmente estupefacta.

Udo, al ver la cara de asombro que ponía la joven, giró rápidamente la cabeza.

Y también él quedó estupefacto.

CAPÍTULO VII

Un grupo de seres se aproximaba con rapidez.

Seres humanos.

Como ellos.

Había, no obstante, algo que los diferenciaba. ¡Aquellos seres tenían alas!

¡ Eran hombres alados !

¡Volaban como si fueran pájaros!

Había doce o catorce.

Todo hombres, ninguna mujer.

Tenían el cabello largo y revuelto y su vestimenta se limitaba a una piel de animal, curtida, que les cubría desde uno de los hombros hasta la mitad del muslo. Eran seres totalmente primitivos.

También sus armas lo eran.

Lanzas, arcos y flechas, hachas, cuchillos, mazas... Algunos de ellos portaban redes.

Esto último fue lo que hizo reaccionar a Udo Wartenberg.

Redes significaba caza.

Y él e Iliana eran las presas a capturar,

Udo soltó a Iliana y gritó:

—¡Salgamos del río, rápido!

—¡Vienen por nosotros, Udo! —adivinó la joven, aterrorizada.

—¡ Por eso no podemos quedarnos quietos! ¡Vamos, corre!

Salieron los dos del río.

Completamente desnudos.

Los hombres alados ya estaban muy cerca.

Preparando sus redes.

Udo empuñó velozmente su pistola de rayos láser y redujo su potencia al mínimo.

No quería matar a ninguno de aquellos seres.

Sólo dejarlos sin conocimiento.

Si derribaba a algunos de ellos, los demás se asustarían, al comprobar el poder de un arma absolutamente desconocida para ellos, y emprenderían la huida.

Los hombres alados se pusieron a tiro.

Volaban bajos.

A unos tres o cuatro metros del suelo.

Udo apuntó a uno de ellos y accionó el disparador.

El rayo láser brotó instantáneamente y golpeó en el pecho al ser alado.

El hombre pájaro cayó como fulminado.

Pero eso no detuvo a los otros.

Al contrario, los enfureció y movieron sus alas más de prisa.

Udo disparó de nuevo su pistola.

Otro ser alado se vino abajo.

Iliana Raeva, que lo primero que había hecho era colocarse el slip, ya tenía en la diestra su pistola de rayos láser.

Como también ella comprendía que no debía abrasar a ninguno de aquellos seres, redujo los efectos del láser al mínimo, antes de disparar.

Cuando apretó el gatillo, lo hizo con bastante fortuna y abatió un hombre alado.

Casi al momento, Udo abatía otro.

Ya eran cuatro los hombres alados derribados.

Pero aún quedaban muchos.

Demasiados.

Y ya los tenían encima.

Rodeándoles.

Los hombres alados, que estaba claro deseaban atraparlos vivos, pues ninguno de ellos arrojaba su lanza, hacha, maza, cuchillo o flecha, dejaron caer las primeras redes.

—¡Cuidado, Iliana! —gritó Udo, dando un prodigioso salto hacia su derecha, lo cual le permitió esquivar la red que caía sobre su cabeza.

Iliana también saltó, pero con menos rapidez y agilidad, lógicamente, y no pudo evitar que la red dirigida a ella le cayera encima y la atrapara, haciéndola caer al suelo.

—¡ Udo! —chilló, luchando infructuosamente por librarse de la red.

—¡Iliana! —rugió Udo y disparó de nuevo sobre los hombres alados.

Derribó otro más.

Una nueva red cayó sobre él.

Udo se arrojó al suelo y giró velozmente sobre sí mismo, librándose así de ser cazado por la red.

Mientras rodaba sobre la amarillenta tierra, fulminó a otro ser alado.

Pero así, girando sobre sí mismo, resultó atrapado por otra red.

Udo lanzó un rugido de rabia y luchó como una fiera por escapar de la red.

Los hombres alados se posaron rápidamente en el suelo.

Uno de ellos golpeó en la cabeza de Udo, con su lanza.

El joven emitió un ronco sonido gutural y quedó inmóvil.

Iliana también recibió un golpe en el cráneo y perdió el conocimiento, como Udo.

* * *

Udo Wartenberg fue el primero en recobrar el sentido.

Aun antes de abrir los ojos, se llevó las manos a la cabeza.

Le dolía terriblemente.

Y no le extrañó.

Tenía un chichón del tamaño de una nuez.

Recuerdo del hombre alado que le, atizara con su lanza en toda la testa.

Udo maldijo al tipo con el pensamiento y despegó los párpados.

Lo primero que vio fue el techo de una jaula de gruesos barrotes de madera, que no tendría más de un metro de alta por uno y medio de larga y apenas uno de ancha.

Udo incorporó el torso.

No pudo reprimir un grito de color, pues le pareció que Se traspasaban la cabeza con un largo clavo y se vio obligado a cerrar los ojos un instante.

Cuando los abrió de nuevo, descubrió a Iliana Raeva.

Tendida junto a él.

Sobre la paja que cubría el piso de la jaula.

—Iliana... —musitó, acariciándole el cabello.

Fue entonces cuando descubrió que también ella lucía un hermoso chichón en la testa.

—Salvajes —mascculló, con ganas de tener al alcance de sus puños a alguno de aquellos hombres-pájaro, para hacérselos probar.

Pero no había ninguno en aquella especie de cueva interior, iluminada por un par de antorchas, en cuyo centro se hallaba la jaula donde permanecían presos él e Iliana.

Lo que sí vio Udo fueron los propulsores individuales.

Y los trajes espaciales.

Y los dos pares de botas.

Y el par de pistolas de rayos láser.

Y sus cintos.

Y su slip...

Iliana, al menor, había tenido tiempo de ponerse el suyo, pero él...

Seguía desnudo como un gusano.

Bueno, la verdad es que tampoco le importaba demasiado.

Lo que sí le importaba —le preocupaba, más bien— era la situación en que se encontraban: encerrados como animales en una reducida jaula, cuyos barrotes difícilmente podrían romper.

Udo tanteó su resistencia.

En efecto, eran durísimos.

Udo aflojó sus músculos.

En aquel momento escuchó un débil gemido.

Miró a Iliana.

La joven se estaba despertando.

Udo le acarició suavemente el rostro.

—Iliana...

Ella abrió los ojos.

—¡ Udo! —exclamó, y trató de incorporarse.

Le ocurrió lo que poco antes a Udo y tampoco ella pudo reprimir un grito de dolor.

—No te muevas, Iliana —aconsejó él, sin dejar de acariciarle las mejillas.

—Oh, mi cabeza... —la joven se llevó las manos a las sienes.

—Nos dieron un buen golpe a cada uno, los muy bestias.

Iliana, que había cerrado los ojos, volvió a abrirlos. —¿Dónde estamos, Udo?

—Encerrados en una jaula como monos, ya lo ves. Los hombres alados, después de dejarnos inconscientes, debieron cargar con nosotros, nos trajeron a esta cueva y nos metieron en la jaula.

—Desnudos...

—Bueno, tú aún llevas el slip. Yo, en cambio...

—Qué vergüenza, Udo.

—Nuestros trajes y todo lo demás están allí, en aquel rincón —señaló Udo—. Cuando aparezca alguno de los hombres alados, le pediremos que nos dé los trajes, al menos.

—Son seres como nosotros.

—Sí, pero con alas.

—¿Por qué nos atacarían?

—Bueno, lo que se dice atacarnos... Lo que querían era apresarnos, y como nosotros nos defendimos, nos cascaron en la testa, para que dejáramos de causarles problemas,

—¿Y te parece bonito que quisieran atraparnos, así, sin más ni más?

—No, claro que no. Debieron dialogar con nosotros, averiguar nuestras intenciones, antes de mostrarse belicosos. Si lo hubieran hecho así, no hubiese habido enfrentamiento, porque les hubiésemos hecho comprender que nosotros no...

Udo se interrumpió.

Tres seres alados estaban entrando en la cueva.

Dos hombres y una mujer,

Y qué mujer...

CAPÍTULO VIII

Era joven.

No más de veinte años.

Pelo muy negro.

Ojos verdes, grandes, ligeramente rasgados.

Piel tersa y suave, maravillosamente bronceada por los rayos que sobre el planeta lanzaba su estrella más cercana.

Se cubría, al igual que los hombres, con una piel de animal curtida. Pero la suya era más corta, y eso le permitía exhibir totalmente sus esculturales piernas.

Y no era lo único que exhibía.

La piel curtida le cubría por completo el seno derecho, pero ni un solo centímetro del izquierdo.

Udo Wartenberg no pudo evitar que sus ojos se clavasen como dardos allí, en el pecho que la mujer alada llevaba al aire.

Túrgido, erecto, exuberante, de erótica aureola oscura y descarado pezón, que parecía pedir todo tipo de caricias…

Un seno tremendamente excitante.

A Iliana Raeva le entraron ganas de arrearle un codazo al embobado Udo, pero no podía hacerlo. Necesitaba los brazos para cubrirse los pechos,

Udo, en cambio, no se cubría nada.

Eso que se ganó la hermosa mujer alada, pues si Udo no apartaba los ojos de su tentador seno, ella tampoco apartaba los suyos de los atributos masculinos del terrestre.

Y sin el menor disimulo.

Los tres seres alados se detuvieron a dos metros escasos de la jaula.

Uno de los hombres, el de más edad —unos cuarenta y cinco años—, lucía una larga y espesa barba rojiza, como su desordenada cabellera. Era alto, corpulento, muy fuerte.

El otro, mucho más joven —aparentaba unos veinticinco años—, tenía el pelo rubio y llevaba el rostro afeitado, aunque no con mucha pulcritud. Era tan alto como el barbudo, de atlética constitución y poderosos músculos.

Ambos miraban fijamente a la pareja de terrestres.

Y no con simpatía, precisamente.

De manera especial, el del pelo rubio, cuyos ojos eran fríos, duros, penetrantes.

Iliana ya no pudo resistir más y gruñó:

—Que te vas a quedar bizco, Udo.

—¿Eh? —respingó levemente él.

—Que dejes de mirar a la chica, hombre.

—Ella también me mira a mí...

—Porque se lo estás enseñando todo.

—Demonios, no me acordaba de que voy en cueros vivos —volvió a responder Udo, y se puso las manos donde, según algunos, Adán se ponía una hoja de parra.

—Más vale que les pidas el slip.

—Eso iba a hacer. Vamos a ver si me entienden... —rezongó Udo, quien seguidamente sonrió y dijo—: ¿Qué tal, amigos? Me llamo Udo y ella —miró un instante a su compañera de destierro—, Iliana. Venimos de un planeta muy lejano, al que llamamos la Tierra. Nosotros no queríamos luchar con vosotros, pero como pretendíais cazarnos con vuestras redes, tuvimos que defendemos. Pudimos matar a algunos de vosotros, pero nos limitamos a dejaros dormidos. Eso merece tenerse en cuenta, ¿no?

—No —dijo Iliana.

Udo la miró, extrañado.

—¿No merece tenerse en cuenta...?

—Que no te entienden ni jota, digo.

Udo suspiró.

—Hubiera sido mucha casualidad que hablasen nuestra lengua.

—Exprésate por señas.

—Ya lo había pensado, pero como tengo las manos ocupadas...

—Tápate sólo con una.

—O con ninguna Por mí...

—Exhibicionista —masculló Iliana.

—Tranquila, utilizaré sólo una mano para las señas.

—Procura que te salgan bien.

—Lo intentaré —murmuró Udo. Extendió el brazo derecho y señaló el rincón donde se hallaban los propulsores individuales y todo lo demás, diciendo—: Ropa. Necesitamos nuestra ropa. Nuestros trajes —se tocó los muslos y el pecho, y luego tocó los muslos y el pecho de Iliana—. No es que tengamos frío, pero no queremos seguir desnudos No está bien. Vosotros os cubrís con pieles —señaló las primitivas vestimentas de los tres seres alados—. Ella muestra un pecho —ahora apuntó sólo a la mujer— porque quiere y porque los tiene bonitos. Iliana —señaló a ésta— también los tiene bonitos pero sólo quiere enseñármelos a mí, que soy su marido.

—Tú no eres mi marido, embustero —rezongó Iliana.

—Pero como si lo fuera, ¿no?

—Sigue.

—¿Tú crees que lo han cogido, esta vez?

—Por las caras que ponen diría que no.

—Lo mismo diría yo —suspiró Udo, desalentado.

Pero los dos se equivocaron.

Los seres alados sí debían haber entendido algo, pues uno de ellos, el hombre de más edad, se acercó al rincón donde estaban las cosas de los terrestres y tomó el slip de Udo, el cual entregó a éste, pasándolo por entre los barrotes de la jaula,

Udo exclamó:

—j Nos entienden, Iliana!

A medias —rezongó la joven,

—¿Lo dices porque no ha traído los trajes?

—Claro.

—No necesitar.

Udo e Iliana se quedaron perplejos, porque aquellas palabras las había pronunciado el hombre alado barbudo, el que entregara el slip a Udo.

—¡Hablan nuestra lengua, Iliana!

—¡Sí!

—¿Cómo es posible que...?

—¡Pregúntaselo, Udo!

Antes de que Udo Wartenberg preguntara nada, el barbudo explicó;

—Otro hombre y otra mujer del planeta Tierra venir antes que vosotros, en otra nave. De ellos aprender vuestra lengua.

—¡Debe tratarse de otros dos desterrados, Iliana!

—¡Seguro!

—¿Dónde están? —preguntó Udo al hombre alado.

—Morir.

Udo e Iliana sintieron sendos escalofríos.

El primero musitó;

—Muertos...

—Sí —asintió el barbudo.

—¿Los matasteis... vosotros?

—Sí.

Udo e Iliana volvieron a estremecerse.

—¿Por qué los matasteis? —preguntó él.

—Hombre, malo. Mujer, también Matar a muchos de nosotros con armas que escupir fuego abrasador —el barbudo señaló las dos

pistolas de rayos láser—. Ellos querer adueñarse de Betno, nuestro planeta, que nosotros ser sus esclavos. Amenazar con matar más hombres de Betno si nosotros no obedecer. Ellos mandar algún tiempo en Betno. Hombre abusar de nuestras mujeres más jóvenes y más hermosas. También de Seta, mi hija —tocó el hombro de la preciosa muchacha morena—, Bruso —miró al tipo joven—, que ama a Seta, lograr sorprender una noche a hombre y mujer terrestre, cuando ellos dormir y destrozar las cabezas de los dos con su hacha.

Udo e Iliana quedaron profundamente impresionados por el relato del hombre alado.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Udo.

—Darmo —respondió el de la barba roja.

—¿Eres el jefe de los hombres alados?

—Sí.

—Bien, vamos a hablar tú y yo con calma, Darmo. Si es cierto todo lo que nos has contado de aquella pareja de terrestres...

—Darmo no mentir nunca —le interrumpió el barbudo.

Udo sonrió suavemente.

—No, creo que no. Tu mirada es franca y noble, no como la de otros... —miró fugazmente al ser alado del pelo rubio—. Lo que iba a decir es que Bruso hizo bien en matar a aquellos dos terrestres. Debieron suplicar vuestra hospitalidad, en vez de tratar de adueñarse del planeta. Jamás debieron disparar a matar sobre ninguno de vosotros y el hombre no debió abusar de vuestras mujeres. Se merecían la muerte, y Bruso hijo justicia.

El hombre alado joven hinchó su amplia caja torácica y habló por primera vez:

—Vosotros también morir.

Udo lo miró.

—Para decir eso, más hubiera valido que siguieses callado, majo

El tipo arrugó el ceño.

—Bruso no entender.

—Mejor —mascullό Udo, y volvió a encararse con el jefe de los hombres alados.

—Nosotros no somos como aquella pareja de terrestres. Darmo. Si nos permitís vivir en vuestro planeta, os prometemos que...

—Vosotros no vivir en Betno, vosotros morir —se dejó oír nuevamente Bruso.

Udo lo miró ceñudamente.

—¿Es que no sabes decir otra cosa, compañero?

—Darmo no fiar de seres terrestres, todos malos, —Pues irte parece que tú no eres precisamente un angelito, compadre, pese a tener alas.

El tipo volvió a arrugar el ceño.

—Bruso no entender.

—Si Bruso ser tonto, yo no tener culpa —se burló Udo, hablando como los seres alados,

Iliana, muy bajo, rogó:

—Cuidado con lo que dices, Udo,

—Tranquila, éste no pilla la mitad de las cosas.

—Parece un tipo peligroso.

—Y lo es, de eso no me cabe la menor duda.

Bruso, cuyos ojos brillaban ahora de un modo acerado, ciertamente preocupante, repitió:

—Vosotros morir.

—Ya ha puesto otra vez el disco —rezongó Udo. Miró al jefe de los hombres alados y preguntó—: ¿Quién manda en Betno, tú o Bruso?

A Darmo pareció molestarle la pregunta del terrestre. Irguió orgullosamente la cabeza y respondió;

—En Betno sólo mandar yo.

—Entonces, dile a ese bocazas que se calle. Yo quiero hablar contigo; no con él,

—Tú hablar, terrestre.

—Sí, yo hablo, pero él no para de interrumpirme, y así no hay manera de que nos entendamos. O cierra el pico de una vez, o no digo nada más.

Darmo dijo algo a Bruso, en su lengua.

Y qué lengua...

Udo e Iliana no pillaron ni uña.

Bruso atirantó los músculos faciales, demostrando que las palabras de Darmo le habían sentado como un rodillazo en el bajo vientre, pero no rechistó.

El jefe de los hombres alados volvió a mirar a Udo, —Ya poder hablar, terrestre. Bruso no interrumpir más.

—A eso le llamo yo tener autoridad, hombre —sonrió Udo—. Bien, lo que quería decirte, Darmo, es que nosotros no os causaremos ningún problema si nos perdonáis la vida y nos permitís vivir en Betno, Queremos ser amigos vuestros,, ayudarnos en lo que podamos. Y podemos hacer mucho por vosotros, créeme. En nuestro planeta estamos mucho más adelantados que vosotros. Dejarnos vivir en el vuestro, y no os arrepentiréis.

—El otro hombre y la otra mujer causar mucho daño en Betno.

—Sí, ya me lo has dicho y créeme que lo siento. Pero nosotros no somos corno ellos. No queremos vuestro mal, sino vuestro bien Danos al menos la oportunidad de demostrártelo, Darmo —insistió Udo.

El jefe de los hombres alados, tras unos segundos de reflexión respondió:

—Yo hablar con mi gente.

—De acuerdo, hablar con ellos y hazles saber nuestras intenciones, Diles que no tienen nada que temer de nosotros. Ni las hombres ni las mujeres. Yo amo a Iliana —Udo rodeó los hombros de la joven y la apretó contra —. No deseo gozar con más mujer que ella,

aunque reconozco, si es verdad que para muestra basta un botón, que vuestras mujeres también son muy bellas —fijó los ojos en Seta, la hija de Darmo, que no decía esta boca es mía, pero que sí parecía decir este pecho es mío, a juzgar por el orgullo con que lo exhibía.

—Eso último sobraba —rezongó Iliana.

—Mujer, hay que ser galante con las chicas, sean del planeta que sean... —repuso Udo, en tono bajo.

—Sí, pero es que tú te comes a Seta con los ojos cada vez que la miras.

—No hay peligro, parece una «Seta» comestible.

Diana apretó los dientes.

—Si tuviera las manos libres, te daba una bofetada.

—Que sólo era un chiste, mujer —carraspeó Udo.

—Pues no me ha hecho ninguna gracia.

—Lo siento, no volveré a bromear.

El jefe de los hombres alados dijo algo en su lengua y él, Seta y Bruso echaron a andar hacia la salida de la cueva.

Udo clavó sus ojos en la espléndida grupa de la mujer alada *y* le costó reprimir un silbido.

—;Qué le estás mordiendo ahora? —gruñó Iliana.

—Sólo le estoy mirando las alas —tosió Udo.

—Y un cuerno.

—De veras, Iliana.

Esta esperó a que los tres seres alados desapareciesen y entonces indicó;

—Ponte el slip, antes de que vuelva Seta.

—¿Y por qué iba a volver?

—Porque le gustó mucho lo que vio.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo leí en sus ojos.

—Bueno, si es cierto, sólo puedo decir que me siento orgulloso —sonrió Udo.

—¿A qué te pongo un ojo negro? —Iliana le mostró el puño derecho, para lo cual, lógicamente, tuvo que dejar de cubrirse el seno izquierdo.

Udo bajó la cabeza y le dio un beso allí, en la rosada aureola, donde continuaron posados sus labios, jugueteando con el delicioso botoncito.

Iliana estuvo a punto de descargar su puño sobre la testa de Udo, pero le resultaba tan agradable lo que él estaba haciendo, que en lugar de eso abrió la mano y le acarició el cabello.

—Perdóname, Udo.

—¿Por qué, cariño?

—Por haber sentido celos de Seta.

—Es hermosa, pero tú lo eres más. Y no me importa que no tengas alas.

—Qué tonto eres —rió Iliana—. Anda, ponte el slip de una vez.

—Cuando acabe lo que estoy haciendo.

—No, ahora mismo, que si sigues besándome y mordisqueándome el pecho te pondrás en forma y querrás hacerme el amor. Y yo no quiero hacerlo en una jaula, Udo. Sentiría complejo de mona.

Udo rió.

—Tienes razón, Iliana. Aunque, puestas así las cosas, en el río debiste sentir complejo de trucha...

La que rió ahora fue Iliana.

Udo se colocó el slip.

Todavía se lo estaba ajustando, cuando Bruso entró de nuevo en

la cueva, acompañado de otros dos hombres alados.

Iliana volvió a cubrirse los pechos con los brazos.

—¿Qué querrán, Udo? —murmuró, visiblemente asustada.

—No lo sé. Pero no me gusta nada la expresión de Bruso. Ni la de los hombres que trae con él.

—Tengo miedo, Udo.

Udo la abrazó suavemente,

Bruso y los otros dos hombres alados se detuvieron muy cerca de la jaula.

Tras perder unos segundos mirando a Iliana, de un modo que a Udo no le gustó nada, Bruso dijo:

—Hombre terrestre abusar de muchas de nuestras mujeres. Ahora, nosotros abusar de mujer terrestre, como venganza.

CAPÍTULO IX

Iliana Raeva sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—Udo... —pronunció, con un hilo de voz.

Udo Wartenberg la estrechó contra su pecho.

—No temas, Iliana. No dejaré que estos cerdos te toquen.

Bruso sonrió burlonamente.

—Tú no poder hacer nada por impedirlo, terrestre. Sólo mirar Y rabiar, como Bruso rabiar cuando el otro hombre terrestre abusar de Seta.

—Si rozáis a Iliana con vuestras manos, es mato a les tres —amenazó Udo, las mandíbulas fuertemente apretadas.

Bruso no habló más.

Repentinamente, atacó al terrestre con su lanza, por el extremo que no tenía punta.

Udo recibió el golpe en el hombro derecho y lanzó un grito de dolor.

—¡Udo ! —chilló Iliana, angustiada, porque los otros dos

hombres alados ya se disponían a atacarle también con sus lanzas, por la parte que no pinchaba, como Bruso.

El hombre-pájaro que estaba a la derecha de éste introdujo su lanza por entre los barrotes de la jaula, buscando el pecho del terrestre.

Udo esquivó la lanza y se apresuró a aferraría con sus manos, para intentar arrebatársela al ser alado.

El tipo que se hallaba a la izquierda de Bruso le atacó con la suya, golpeándole en el costado.

Udo lanzó un bramido, pero no soltó la lanza del otro hombre alado, que tiraba con fuerza de ella, tratando de recuperarla.

El terrestre, aunque dolorido por los dos golpes recibidos, hizo girar bruscamente la lanza que aprisionaba con sus manos y logró que el hombre alado la soltara.

En aquel preciso instante. Bruso le atacaba de nuevo.

Udo rugió de dolor cuando la lanza golpeó su estómago, pero eso no le impidió golpear con la suya a Bruso, en la rodilla derecha.

Bruso aulló y encogió la pierna.

Udo le golpeó en la otra rodilla, con ganas, y el musculoso rubio se vino abajo, la cara arrugada de dolor.

—¡Cuidado, Udo! —gritó Iliana, porque el otro hombre alado ya le atacaba con su lanza.

Y por detrás, el muy traidor.

Udo se revolvió como una centella.

Vio la lanza del tipo.

Directa hacia su cabeza,

Udo levantó velozmente la suya y desvió hacia arriba la de su enemigo, para, una fracción de segundo después, golpear al tipo en las costillas,

Debió hundirle alguna, a juzgar por el alarido de dolor que lanzó el hombre alado, quien soltó su lanza y se agarró el pecho Con ambas

manos.

—i A tu espalda, Udo! —advirtió Iliana.

Udo se giró con vertiginosa rapidez.

Aun así, no pudo evitar que el ser alado al que él arrebatara su lanza le golpeara en la cabeza con sus maza, aunque sí que le alcanzara de lleno.

Udo emitió un gemido y se desplomó, quedando inmóvil sobre la paja que cubría el piso de la jaula, con los ojos cerrados.

Iliana notó un fallo cardíaco.

—¡Udo! —gritó, arrojándose sobre él, sin preocuparse ya de cubrir sus pechos desnudos.

Trató de reanimarlo, pero Udo no volvía en sí.

Bruso se levantó del suelo, mascullando palabrotas en su lengua, y ordenó a los otros dos hombres alados que ¡abriesen la jaula, mientras él se masajeaba las contusionadas rodillas.

La jaula Lúe abierta,

Bruso ordenó sacar de ella a la mujer terrestre.

Iliana luchó bravamente contra la pareja de hombres alados, pero no pudo impedir que éstos la sacasen de la jaula y la tendiesen en el suelo, boca arriba.

La joven chilló y pataleó con desesperación, porque las piernas las tenia libres.

Con ellas intentó rechazar a Bruso, cuando éste se le acercó, pero muy poco pudo hacer.

El hombre alado se arrojó sobre ella y le separó las piernas con brusquedad, arrancándole seguidamente el slip

Iliana chilló con más fuerza aún que antes, porque se daba cuenta que ya nada ni nadie podría impedir que aquel salvaje la violara.

Pero se equivocó,

Udo Wartenberg aún podía hacer algo.

Bastante, según iba a verse muy pronto.

El refilonazo de la maza sólo le dejó atontado y si fingió hallarse inconsciente, fue por dos importantes motivos : recuperarse del golpe recibido en la cabeza —mermado de facultades no podía hacer frente a tres hombres alados, jóvenes y fuertes— y proseguir la lucha fuera de la jaula, porque dentro de ella, tarde o temprano, se hubiera visto reducido por los hombres-pájaro.

Sus posibilidades de derrotarlos se multiplicarían si contaba con un mayor espacio para moverse.

Fuera de la jaula, además, estaban las dos pistolas de rayos láser, a los que podría recurrir si las cosas se le ponían demasiado feas,

De momento, no tenía tiempo de ir por ellas.

Iliana estaba a punto de ser penetrada salvajemente por Bruso.

Pero todo quedó en eso, en un intento de salvaje penetración, porque el otro intento, el de arrearle a Bruso en todo el coco, con la lanza que Udo empuñaba, fue un éxito rotundo, porque nadie le vio salir de la jaula, cuya puerta los hombres alados no se habían molestado en cerrar, creyendo que el terrestre se hallaba sin sentido y que tardaría bastante en despertar,

Bruso emitió un ronco gemido y cayó como un plomo sobre el cuerpo desnudo de la mujer terrestre.

Iliana dio un grito de alegría al descubrir a Udo, erguido y con ganas de seguir sacudiendo.

Los dos hombres alados que le sujetaban los brazos contra el suelo, para facilitar el cobarde abuso de Bruso, se apresuraron a soltarla, para hacer frente al terrestre.

Hablando de frentes.,.

Udo casi se la partió a uno de los tipos, pues sobre ella descargó su lanza.

El ser alado puso los ojos en blanco y se derrumbó.

El otro empuñó su hacha.

Fue todo lo que pudo hacer.

Udo le golpeó en la boca del estómago con la lanza y el tipo abrió instantáneamente la otra boca, la que sirve para comer.

Y para gritar, cuando a uno le duele algo.

Como al hombre alado le estaba doliendo el estómago, y mucho, gritó.

Tenía bísenos pulmones, el tío.

Y una robusta nuca.

Udo se la podía ver, porque el tipo se había doblado como un garrote, tras recibir el doloroso golpe en el estómago.

El terrestre enarboló de nuevo la lanza y ¡zas!, en la nuca que le cascó.

Y si no para qué la enseña.

El ser alado cayó de bruces, sin decir ni pío.

Y hubiera podido decirlo, porque tratándose de un hombre-pájaro...

Udo vio que Iliana no podía quitarse de encima al inerte Bruso, porque éste debía pesar por lo menos cien kilos, sin contar las alas, y se apresuró a ayudarla.

Ella se puso en pie, toda temblorosa.

—¡Udo!—exclamó, arrojándose en sus brazos.

Udo la estrechó cálidamente.

—¿Estás bien, Iliana?

—¡Sí! ¿Y tú?

—Me duelen algunas cosas, pero no es nada importante.

—¡Qué rato tan espantoso he pasado, Udo!

—Si llegas a tener un abrecartas a mano...

—¡ Se lo clavo en el vientre a ese cerdo de Bruso! Hasta la

empuñadura!

Udo sonrió.

—Será mejor que te pongas el traje espacial. Estás completamente desnuda y abrazarte así me pone...

—Ya lo estoy notando.

—Anda, corre —rió Udo, palmeándole ambas nalgas.

Mientras Iliana se enfundaba el traje y se ponía las botas y el cinto, Udo metió en la jaula a Bruso y los otros dos hombres alados, cerrándola seguidamente, después de despojarles de todas sus armas.

Luego, se reunió con Iliana y también él se colocó el traje espacial, las botas y el cinto.

Precisamente, estaba acabando de abrochárselo, cuando alguien entró en la cueva.

Era Seta.

La bella hija de Darmo, jefe de los hombres alados.

CAPÍTULO X

Udo Wartenberg e Iliana Raeva pensaron que, al verles fuera de la jaula y a Bruso y los otros dos hombres alados encerrados en ésta,

inconscientes, la hermosa Seta abandonaría velozmente la cueva, para dar cuenta a su padre de la fuga de los dos prisioneros terrestres.

Pero no fue así.

La mujer alada continuó en la cueva.

Quieta.

Mirando con asombro a la pareja de terrestres.

Y, con más asombro aún, a Bruso y los otros dos seres alados.

Iliana murmuró:

—Parece que no tiene intención de huir.

—Vamos a hablar con ella —dijo Udo.

—Cuidado, Udo. Seta lleva un cuchillo al cinto.

—No lo utilizará contra nosotros, no te preocupes.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Fuiste tú quien adivinó que Seta volvería, no yo.

—Pero ella esperaba encontrarnos encerrados en la jaula, como cuando se fue, no libres.

—Le explicaremos lo que pasó,

—Sí, dile lo que el puerco de Bruso y los otros dos pretendían hacer conmigo. Seguro que le da un buen par de bofetadas a su amado, cuando éste despierte, por haber querido gozar de otra mujer.

—Vamos.

Udo e Iliana se acercaron a la hija de Darmo, sin empuñar las pistolas de rayos láser, para no asustar a la joven.

Seta no denotó ningún temor.

Parecía segura de que los terrestres no le iban a causar ningún daño.

Udo e Iliana se detuvieron junto a ella.

—Hola, Seta —dijo Udo, con una suave sonrisa.

—¿Qué haber pasado aquí? —interrogó la muchacha

—Bruso y los otros dos hombres intentaron abusar de Iliana, pero les salió mal la cosa.

Las verdosas pupilas de la hija de Darmo despidieron un centelleo.

—Seta no creer.

—Te juro que es cierto. Mira, allí está el pantaloncito que llevaba puesto Iliana. Desgarrado.. —Udo apuntó el slip con el dedo.

—Bruso me lo arrancó, de un zarpazo —añadió Iliana—. Los otros dos hombres me tenían sujeta en el suelo y Bruso...

—¡Seta no creer! —rugió la mujer alada, crispando los puños.

Udo e Diana cambiaron una mirada.

El primero carraspeó y dijo:

—Comprendo que te sepa mal, Seta, pero tienes que creernos, porque eso fue lo que pasó. Como si otro hombre terrestre abusó de ti y de otras mujeres de Betno Bruso quiso vengarse, haciendo lo, propio con Diana. Yo traté de impedirlo y me golpearon con sus lanzas. Les engañé, haciéndoles creer que me habían dejado sin sentido y luego les golpeé yo a ellos y los dejé sin conocimiento.

Seta desvió su furiosa mirada hacia la jaula y empezó a hablar en su lengua, sin apenas despegar los dientes

—Le está llamando de todo a Bruso... —susurró Udo al oído de Diana.

—Yo lo que quiero es que le sacuda, cuando despierte —repuso ella, con voz susurrante, también.

Cuando Seta se cansó de insultar a Bruso, volvió a mirar a los terrestres y dijo:

—Yo informar a mi padre de lo que Bruso intentar.

—Sí, él debe saberlo —asintió Udo,

—Mi padre castigar severamente a Bruso.

—No, eso no. No queremos que haya desavenencias entre vosotros por nuestra culpa. Bruso pretendía hacer algo muy feo, eso es verdad; pero no es menos verdad que el otro hombre terrestre hizo lo mismo y repetidas veces, con las mujeres de Betno. Eso disculpa la acción de Bruso. Pero que no vuelva a intentarlo, porque entonces no esperaré a ver el castigo que tu padre le impone, le mataré yo mismo —advirtió Udo.

Seta suavizó su expresión.

—Ser cierto.

—¿El qué? —preguntó Udo.

—Vosotros no ser como el otro hombre y la otra mujer terrestres. Vosotros tener buen corazón. Saber perdonar. Mi padre también saber perdonar. Y Seta. Ser vuestros amigos. Permitir vivir en Betno.

Udo abrazó a Iliana.

—¿Estás oyendo, cariño...? ¡Seta dice que podemos quedarnos en Betno!

—Es su padre quien debe decidirlo, Udo —repuso Iliana.

—Mi padre autorizar —aseguró Seta—. Terrestres seguir a Seta y hablar con él.

—Sí, llévanos junto a tu padre —asintió Udo.

Seta extendió el brazo y señaló los propulsores individuales.

—Vosotros colocar aparatos voladores. Necesitar para poder abandonar cueva.

—Debemos hallarnos en un lugar alto —adivinó Udo—. Pongámonos los propulsores, Iliana.

Se los colocaron con prontitud.

—Estamos listos, Seta —dijo Udo.

—Seguir a Seta —indicó ella, con una encantadora sonrisa y echó a andar.

Udo e Iliana fueron tras ella.

Salieron de la cueva, que se comunicaba con otra mucho más grande, donde había varias jaulas de distintos tamaños, algunas de ellas con animales presos.

Alcanzaron la entrada de la cueva y Udo e Iliana se asomaron al exterior.

El suelo se hallaba a más de cien metros.

—Con razón nos dijo Seta que nos pusiéramos los propulsores —murmuró Udo.

—Sí, no podríamos salir de aquí sin ellos —observó Iliana.

Seta movió sus alas y se lanzó al vacío, donde quedó flotando como un pájaro, gracias al suave pero continuo batir de sus alas.

—Hacer funcionar vuestros aparatos voladores —indicó a la pareja de terrestres.

Udo e Iliana no se hicieron repetir la orden y también ellos se lanzaron al vacío, propulsados por sus respectivos aparatos.

Seta los guió hacia donde se hallaba su padre.

La joven volaba majestuosamente, maravillando a Udo e Iliana, que la seguían con sus propulsores.

La alta montaña tenía algunas otras cuevas, todas ellas habitadas por seres alados.

De una de las cuevas surgieron tres hombres alados, empuñando sus lanzas. Habían visto pasar a Seta, y los dos seres terrestres y como no sabían lo que había ocurrido, querían apresar de nuevo a la pareja de terrestres.

Iliana fue la primera en descubrirlos.

—¡Nos atacan tres hombres alados, Udo! —gritó.

Udo maldijo entre dientes.

No podían usar sus pistolas de rayos láser, porque, a aquella altura, los hombres alados se matarían al estrellarse contra el suelo, inconscientes.

Tendrían que huir, a menos que Seta lograra detener a los tres hombres.

La hija de Darmo, que había oído las palabras de Iliana, se volvió, descubriendo al trío de atacantes.

Salió rápidamente a su encuentro, gritando en su lengua, con mucha autoridad.

Los tres hombres frenaron su vuelo y se miraron entre sí, con gestos de extrañeza.

Pero hicieron caso a Seta y regresaron a su cueva.

—Poder seguir sin temor —dijo la joven a Udo e Diana, de nuevo sonriente.

—Eres un sol, Seta —dijo Udo.

—¿Qué ser un sol?—preguntó ella.

—Tú —rió Udo.

—Seta no entender.

—Ya te lo explicaré en otro momento.

—Suponiendo que yo te deje —rezongó Diana.

Udo la miró.

—¿Celosa otra vez, cariño?

—¿Tú qué crees?

—No hay motivo, no le estoy mordiendo nada a Seta con los ojos.

—Se lo estás mordiendo todo, lo que está a la vista y lo que no. Si en lugar de una «Seta» comestible, fuese la Amanita Palloides[1], ya estarías tieso como un bacalao.

—¿Quién morder a Seta? ¿Qué ser Amanita Palloides? ¿Qué ser bacalao? —preguntó la mujer alada, con cómico gesto.

Udo no pudo contener la risa, y tampoco Diana.

Seta se contagió y también ella rió alegremente, aunque no sabía por qué.

* * *

Algunos minutos después, alcanzaban la cueva donde se hallaba Darmo.

El jefe de los hombres alados, que se llenó de perplejidad al ver que su hija llegaba acompañada de la pareja de terrestres, vestidos y con sus poderosas armas al cinto, no estaba sólo en la cueva.

Había con él, además de una mujer alada de mediana edad, alta y atractiva, un niño, tan pequeño, que todavía andaba a gatas, completamente desnudo.

Udo Wartenberg e Iliana Raeva clavaron sus asombrados ojos en el pequeño ser.

¡No tenia alas!

¡Era un niño terrestre!

Darmo preguntó a su hija qué diablos significaba aquello y ella se lo explicó en pocas palabras.

Cuando Seta acabó de hablar, Udo e Iliana seguían con la mirada fija en el pequeño ser que carecía de alas, quien les miraba a su vez, con sus picaros ojillos y una angelical sonrisa en los labios.

Seta se acercó al pequeño y lo tomó en brazos, besándolo amorosamente en ambas mejillas, llenas y rosadas, porque se trataba de un bebé sano y rolliza.

—Ser mí hijo —dijo, mientras el pequeño jugueteaba con el seno que ella llevaba al descubierto.

Udo e Iliana se miraron, estupefactos.

El primero balbució;

—¿Tu … tu hijo…?

Seta asintió con la cabeza y explicó:

—Yo engendrar a Zalo después que el otro hombre terrestre abusar de mí varias veces. Por eso nacer sin alas. Zalo no poder volar nunca, ser como vosotros, los terrestres. Bruso odiarlo por eso. Y porque ser hijo de hombre terrestre. Bruso querer mata a Zalo cuando nacer y comprobar que no tener alas, pero yo impedirlo. Seta amar mucho a Zalo, no importar que no tener alas, Yo cuidar de él y proteger de peligros. Haber otros niños así en Betno, todos engendrados por hombre terrestre. A sus madre tampoco importar que niños no tener alas, ser fuertes, robustos y hermosos. Todas quererlos y cuidarlos mucho.

Iliana no pudo evitar que se le humedeciesen los ojos.

También a Udo le emocionaron las palabras de Seta, el amor y la ternura con que ella acariciaba a su hijo.

—Eres una gran mujer, Seta —dijo—. Todas las mujeres de Betno lo sois.

Darmo se dejó oír;

—Seta contarme lo que pasar en cueva, lo que intentar Bruso, Merecer severo castigo, pero como vosotros perdonar, Bruso no ser castigado. Yo advertir a Bruso que no volver a tocar mujer terrestre, o mí cólera caer sobre él.

Udo sonrió.

—Con eso nos conformamos, Darmo.

—Yo no hablar aún con mi gente, pero autorizar ya a terrestres a vivir en Betno. Confiar en vosotros.

—No te defraudaremos, Darmo, te lo prometo.

El jefe de los hombres alados puso la mano.

—Terrestres entregar armas poderosas a Darmo y Darmo guardar.

—Desde luego —respondió Udo y le entregó su pistola de rayos láser.

Iliana le entregó también la cuya.

Udo dijo:

—Puedes arrojarlas al mar, si quieres, Iliana y yo no pensábamos usarlas más. Y, mucho menos, contra vosotros, los habitantes de Betno.

Darmo sonrió, contento y satisfecho.

CAPÍTULO XI

Udo Wartenberg e Iliana Raeva llevaban ya una semana en Betno, cuyos habitantes, recelosos al principio, porque no podían olvidar lo que hicieron el otro hombre y la otra mujer terrestres, ya empezaban a mostrarse amables y afectuosos con ellos, desterrado casi por completo su temor.

Había, no obstante, una excepción: Bruso,

El fornido rubio seguía mirando con odio a Udo e Iliana.

Hasta el momento, sin embargo, se había limitado a eso.

Sabía que tendría que vérselas con Darmo si causaba problemas a la pareja de terrestres y eso le frenaba.

Temía a Darmo, pese a ser mucho más joven que él.

Darmo era jefe de los hombres alados desde hacía muchos años.

Y no por casualidad.

Era el mejor guerrero.

El más diestro luchador.

Se defendía y atacaba mejor que nadie con cualquier tipo de

arma.

En todos los enfrentamientos, salía victorioso.

De ahí que Bruso conteniese su rabia y no se acercase al hombre y a la mujer terrestre.

Lo malo, para él, era que tampoco podía acercarse a Seta.

La bella hija de Darmo no le había perdonado que intentase violar a Iliana y desde entonces no le había permitido ni que le rozase las alas.

Para colmo, Seta parecía mirar cada vez con mejores ojos de Udo, y eso aún encorajinaba más a Bruso.

Iliana también andaba con la mosca tras la oreja por ese motivo, pues temía que, al menor descuido suyo, la turbadora Seta hiciese caer en sus mórbidos brazos a Udo.

Udo e Iliana se habían instalado en el lugar donde fueran capturados por los hombres alados.

Allí, junto al río de frescas y transparentes aguas, cerca de la «Athos-416», habían montado la tienda de campaña y llevado algunas de sus cosas.

Darmo intentó convencerles de que viviesen en alguna de las cuevas de las montañas, como los habitantes de Betno, pero Udo le hizo comprender que eso sería muy incómodo para ellos, por carecer de alas.

Tendrían que depender continuamente de los propulsores individuales, cuyo combustible, lógicamente, terminaría por agotarse, y entonces quedarían inservibles.

Era mejor reservarlos para casos de necesidad.

A lo que no habían podido negarse Udo e Iliana es a vestir como los seres alados, y ya cubrían sus cuerpos con pieles de animales curtidas.

A Iliana, al principio, le dio un poco de vergüenza llevar continuamente un pecho al aire, pero como todas las mujeres de Betno mostraban uno de los suyos, pronto se acostumbró y dejó de darle importancia.

Huelga decir que a Udo le encantó la idea, porque para quien como a él, le gustaba tanto acariciar, pellizcar, besar y mordisquear protuberancias pectorales femeninas, aquello suponía una gran ventaja.

Pero esto no quiere decir que Udo se pasase todo el tiempo toqueteando el hermoso seno que Iliana exhibía.

Ni mucho menos.

Udo trabajaba de firme desde que Lega, la estrella que proporcionaba luz y calor a Betno, surgía por el horizonte y no paraba hasta que desaparecía por el punto opuesto, excepto el tiempo justo para comer.

Esto se debía a que se estaba construyendo una amplia casa de troncos junto al río, ayudado por algunos hombres alados —Darmo, entre ellos—, que transportaban los troncos de los árboles que Udo cortaba en el bosque cercano.

La primera vez que vieron funcionar la sierra eléctrica, los hombres alados casi echan a correr, asustados.

Bueno, a volar, que era lo suyo.

La casa se levantaba rápida, y en un par de semanas más estaría terminada y lista para ser habitada.

Iliana estaba muy ilusionada y ayudaba a Udo en todo lo que podía. También Seta les echaba una mano, de vez en cuando.

Udo e Iliana agradecían la ayuda de la hija de Darmo; pero Iliana, menos.

Sentía celos, como ya ha quedado explicado.

Celos que aún eran más fuertes cada vez que Seta, al acabar su tiempo de colaboración, se despojaba de la piel de animal curtida y del tosco y breve pantaloncito que llevaba debajo y se arrojaba de cabeza al río, para refrescarse.

Completamente desnuda.

Y sin el menor rubor.

En Betno no le daban ninguna importancia al desnudo integral, ni de los hombres ni de las mujeres, y si se cubrían con pieles era por

costumbre, no por taparse nada.

También los hombres alados que ayudaban a Udo en la construcción de la casa solían bañarse desnudos en el río, al acabar su trabajo, para limpiar sus cuerpos de sudor.

Vamos, que en algunos momentos, aquello parecía un pequeño campo nudista.

A Udo, lógicamente, le importaba un pito que los hombres alados se bañasen en cueros, pero no podía evitar el mirar de reojo a Seta, cada vez que ésta se metía así en el río y empezaba a retozar en el agua como una niña.

Una niña con todo muy crecidito.

No es de extrañar, pues, que Udo se arrease un martillazo en el dedo de vez en cuando, por distraerse demasiado.

O que Iliana le atizase en el hígado con el codo,

O en la espinilla, con la punta de su bota, porque a las flexibles y cómodas botas no habían renunciado ninguno de los dos.

Los seres alados iban descalzos, pero Udo e Iliana no querían lastimarse los pies y por eso se los protegían.

Aquella noche, la séptima que pasaban en la tienda de campaña, Udo e Iliana hicieron el amor, como de costumbre, y con la esperanza de que su unión sexual les permitiera ser padres, pues Iliana ya no tomaba píldoras anticonceptivas.

Tras el abrazo amoroso, prolongado y ardiente, como siempre, Udo e Iliana se durmieron profundamente, rendidos por el trabajo de la jornada y por el otro, el que acababan de realizar sobre la colchoneta.

Iliana, no obstante, se despertó un rato después.

Y se despertó porque, al estirar el brazo, no encontró a Udo acostado a su lado.

Iliana abrió los ojos al instante.

En efecto, Udo no estaba.

Había salido de la tienda, débilmente iluminada por una luz, que

permanecía encendida toda la noche

Era la primera vez que ocurría, e Iliana, preocupada, retiró la sábana y se irguió, desnuda, porque tanto Udo como ella dormían así.

Se enfundó rápidamente la piel curtida, sin preocuparse del reducido pantaloncito y salió de la tienda, descalza.

La noche era clara, pues sobre Zito, el satélite que giraba alrededor de Betno, se reflejaba la luz que proyectaba la estrella Lega, y Zito la proyectaba a su vez sobre el pequeño planeta.

Iliana no vio a Udo por ninguna parte.

Se disponía a llamarle, cuando percibió un suave murmullo de voces, procedente de dentro de la casa de troncos a medio construir.

Dos voces.

Una masculina y otra femenina.

Iliana pensó rápidamente en Udo y Seta y una oleada de calor recorrió su cuerpo.

Calor que se transformó en cólera cuando empezó a escuchar suspiros profundos, jadeos y mal contenidos gemidos de placer.

Iliana no esperó más.

Corrió hacia la casa en construcción, hecha una furia.

Furia que estalló cuando sorprendió a Seta y Udo, en el suelo, desnudos los dos, él encima de ella, haciendo el amor frenéticamente.

Sin pronunciar palabra, Iliana agarró un palo de casi un metro de largo, con el grosor apropiado, y se acercó a ellos, dispuesta a molerlos a los dos a golpes.

A él, por infiel.

A ella, por zorra,

¿Sería aquélla la primera noche que Udo se la pegaba con Seta?

¡No, seguro que no!

Debía pegársela cada noche.

Primero le hacía el amor a ella, para que se durmiera, y luego iba a reunirse con Seta, que le esperaba en la casa que estaban construyendo, para gozar también de ella.

—¡Maldito y mil veces maldito...! —rugió Iliana y descargó el palo con rabia.

Sobre el lomo de Udo.

Este dio un grito, y no precisamente de éxtasis, y se I volvió.

—¡ Iliana! —exclamó, con cara de estupor, más que de dolor.

Seta no dijo nada.

La sorpresa debía haberla dejado sin voz.

Iliana, que no quería perder el tiempo hablando, fue a descargar de nuevo el palo sobre la espalda de Udo, pero entonces descubrió algo que la dejó paralizada.

¡Bruso estaba allí!

¡Suspendido en el aire!

¡Contemplando la escena!

¡Debía haber seguido a Seta sin que ésta se diera cuenta!

Bruso tenía un arco en las manos.

Tensado.

La flecha a punto de partir.

—¡Cuidado, Udo! —gritó Iliana.

La flecha partió al mismo tiempo que la advertencia de la joven, se clavó en la espalda de Udo.

Iliana pegó un chillido.

—¡ Udo!

Udo no respondió.

Había quedado como muerto sobre el cuerpo desnudo de Seta, la sangre resbalaba por su espalda.

La hija de Darmo, horrorizada, se quitó de encima al inanimado Udo.

Fue un error, porque eso permitió a Bruso disparar una segunda flecha, que se clavó en el pecho de Seta, entre seno y seno.

La muchacha dio un alarido y agarró la flecha con sus manos, como tratando de sacársela, pero le fallaron las fuerzas y dobló la cabeza, quedando muy quieta, los ojos abiertos, la sangre resbalándole por el liso vientre, hacia el oscuro y rizado vello que cubría su pubis.

Así, muy quieta también, estaba Iliana.

El horror la tenía agarrotada.

No podía moverse.

Alzó los ojos hacia Bruso.

Sospechaba que la tercera flecha sería para ella.

Pero se equivocó.

Bruso no disparó más flechas.

Se posó en el suelo, muy cerca de ella, y la tiró al suelo de un violento empujón.

Un instante después, saltaba sobre la aterrorizada Iliana y le levantaba el tosco vestido de piel, dejando al descubierto su sexo.

Iliana, aunque sabía que iba a ser brutalmente violada por Bruso, no hizo nada por impedirlo.

Lo sucedido la había dejado sin fuerzas.

No hubiera podido ofrecer resistencia, aunque lo hubiese intentado.

Bruso, por si acaso, le sujetó los brazos y entonces, de una salvaje embestida, la penetró.

Iliana lanzó un grito desgarrador, porque desgarradas sintió sus entrañas.

Tan potente fue el grito, que no sólo se despertó ella —y esta vez, de verdad—, sino que despertó también a Udo, porque, aunque

habla gritado en sueños, la voz salió de su garganta.

—¿Qué diablos te ocurre, Iliana...? —preguntó Udo, alarmado, al tiempo que erguía su torso desnudo.

Ella se quedó mirándolo con ojos dilatados.

El horror reflejado en su cara.

Todo su cuerpo, cubierto sólo hasta la cintura por la sábana, bañado de sudor,

—Udo... —pronunció, tan débilmente, que ni ella misma se oyó.

—Pero, si estás temblando... —observó él.

—¡Abrázame, Udo!

Udo la abrazó.

—¡Más fuerte!

Udo acentuó la presión de sus brazos.

—¿Qué ha pasado, Iliana?

—¡He tenido una pesadilla horrible!

—Vaya.

—¡Bruso me estaba violando!

—Cálmate, ya pasó.

—¡Antes te había clavado una flecha a ti en la espalda, Udo y otra a Seta, en el pecho!

—Serénate, sólo fue un sueño.

—¡Tú y Seta estabais haciendo el amor!

—Eso debí soñarlo yo, no tú.

—¡No lo digas, que te araño!

—Tranquila, sólo era una broma. Tú sabes que solamente deseo hacer el amor contigo, con nadie más —dijo Udo, acariciando el cuerpo desnudo de Iliana, a la que besó en el cuello.

—¡ Pues lo hacías con muchas ganas, para no desearlo!

—Si no tuvieras celos de Seta, no soñarías esas cosas, —Lo siento, no puedo remediarlo,

—¿No confías en mí?

—En ti, sí; en Seta, no.

—Seta ama a Bruso,

—Ya no. Ahora te ama a ti.

—No digas tonterías, Iliana. Seta sabe que yo te quiero a ti.

—¿Y crees que eso la detendrá?

—No hay nada que detener, créeme.

Iliana guardó silencio.

Udo, que seguía acariciándola, preguntó:

—¿Te encuentras más tranquila ya?

—Sí... —musitó ella.

—Yo no.

—¿Qué?

—¿Has olvidado que siempre que te abrazo, estando desnuda, me pongo...?

—¡Es cierto! —exclamó Iliana, sintiendo despertar la virilidad de él,

—Pues ya sabes lo que vamos a hacer.

—¿Otra vez...?

—No querrás que me duerma así, ¿verdad?

Iliana sonrió con deliciosa malicia.

—Sería muy injusto por mi parte, ya que yo soy la causante de tu excitación,

—Tú lo has dicho —repuso Udo, y la besó en los labios ardorosamente.

CAPÍTULO XII

Once días después —tres antes de lo previsto—, la casa de troncos estaba totalmente terminada.

Para celebrarlo, los hombres alados que habían ayudado desinteresadamente a construirla organizaron una fiesta, a la que llevaron a sus mujeres, asistiendo también seres alados que no habían podido prestar ayuda a la pareja de terrestres, por tener que atender otras ocupaciones, pero que no por eso dejaron de ser invitados por Udo Wartenberg e Iliana Raeva.

La fiesta, claro, tenía lugar en la playa, cerca de la casa que iban a habitar Udo e Iliana.

Los hombres alados encendieron una gran hoguera, en torno a la cual se sentaron todos, formando un ancho círculo, y empezaron a devorar los animales que habían sido sacrificados para la fiesta de aquella noche y cuya carne, asada a fuego lento, estaba sabrosísima.

Todos comieron con buen apetito, pero el que más pedazos de carne engullía era Darmo, el jefe de los seres alados, cuyo apetito era realmente voraz.

Junto a él, a su derecha, se hallaban su mujer y su hija, con el pequeñajo Zalo, al que Seta sujetaba entre sus muslos, para que no se le escapara.

A la izquierda de Darmo se sentaba Udo e Iliana, quienes también movían el diente sin pausa, para no desentonar.

Cuando todos hubieron saciado su apetito, empezaron las danzas y los cantos.

Las primeras en danzar fueron las mujeres, que movían sus cuerpos sensualmente al compás de la música que algunos hombres alados arrancaban de sus extraños instrumentos.

Seta, que había dejado a su pequeño al cuidado de Darmo, mientras danzaba, invitó a Iliana a que se uniera a ellas.

Iliana se resistió, pero acabó accediendo, materialmente empujada por Udo, que deseaba verla bailar.

Hizo lo que pudo por imitar los exóticos y sensuales movimientos de las mujeres aladas, y la verdad es que le salió bastante bien,

Cuando las mujeres finalizaron su danza, fueron los hombres los que danzaron, Y claro Udo no se libró de mover el esqueleto. Y vigorosamente, porque las danzas de los hombres eran de lo más salvajes, y había que pegar cada salto...

Udo acabó rendido.

Tras las danzas se llegó al enfrentamiento amistoso de los hombres más fuertes y más diestros que lucharon por parejas.

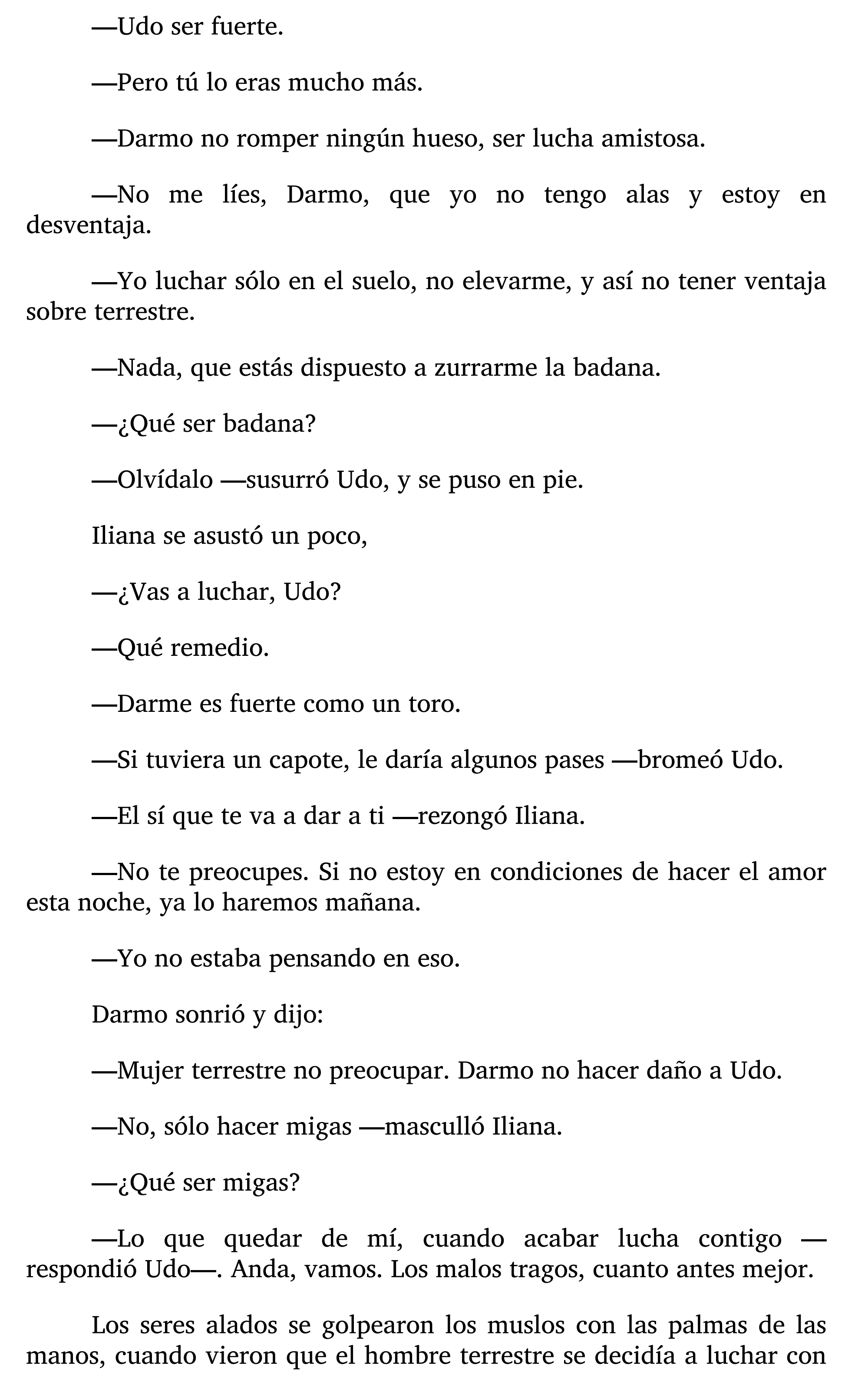
Las luchas, carentes de toda mala intención, pero duras y fuertes, eran de lo más emocionantes,

Darmo también luchó, naturalmente, y puso de manifiesto una vez más que era el mejor guerrero, asombrando a Udo e Iliana por su extraordinaria fortaleza y agilidad.

Al finalizar su formidable exhibición, el jefe de los hombres alados, sonriente, se acercó a Udo y preguntó:

—¿Tú no querer luchar, terrestre?

—Contigo, desde luego, no —respondió Udo, sin dudarlo.



—Udo ser fuerte.

—Pero tú lo eras mucho más.

—Darmo no romper ningún hueso, ser lucha amistosa.

—No me líes, Darmo, que yo no tengo alas y estoy en desventaja.

—Yo luchar sólo en el suelo, no elevarme, y así no tener ventaja sobre terrestre.

—Nada, que estás dispuesto a zurrarme la badana.

—¿Qué ser badana?

—Olvídalo —susurró Udo, y se puso en pie.

Iliana se asustó un poco,

—¿Vas a luchar, Udo?

—Qué remedio.

—Darme es fuerte como un toro.

—Si tuviera un capote, le daría algunos pases —bromeó Udo.

—El sí que te va a dar a ti —rezongó Iliana.

—No te preocupes. Si no estoy en condiciones de hacer el amor esta noche, ya lo haremos mañana.

—Yo no estaba pensando en eso.

Darmo sonrió y dijo:

—Mujer terrestre no preocupar. Darmo no hacer daño a Udo.

—No, sólo hacer migas —masculló Iliana.

—¿Qué ser migas?

—Lo que quedar de mí, cuando acabar lucha contigo —respondió Udo—. Anda, vamos. Los malos tragos, cuanto antes mejor.

Los seres alados se golpearon los muslos con las palmas de las manos, cuando vieron que el hombre terrestre se decidía a luchar con

Darmo.

Era su forma de aplaudir.

Seta, al ver lo preocupada que se hallaba Iliana, dejó en brazos de su madre a su bebé y se acercó a la mujer terrestre, sobre cuyo hombro puso la mano.

—Mi padre no lastimará a Udo, tú no temer,

Iliana la miró.

Con simpatía.

Seguía teniendo celos de ella, pero menos.

Nada podía reprocharle a Seta, porque ésta no había intentado arrebatarle a Udo, e Iliana empezaba a creer que nunca lo intentaría.

Seta sentía un gran afecto por Udo, pero también lo sentía por ella y era evidente que no deseaba destruir su felicidad

Udo, por su parte, tampoco intentaba nada con Seta, e Iliana estaba segura de que jamás lo intentaría. Lo había puesto a prueba, dejándolo deliberadamente a solas con Seta en un par de ocasiones, aunque en ambas, por supuesto, los vigiló de lejos,

Y no pasó nada.

Ni Seta incitó a Udo, ni éste se propasó con ella.

De ahí que Iliana se sintiese mucho más tranquila.

Tomó la mano de Seta y la oprimió cariñosamente.

—Esperemos que no lo deslome —dijo, respondiendo a las palabras de la muchacha alada.

—¿Qué ser deslomar?

—Ojalá no tenga que explicártelo —rió Iliana.

Seta también rió.

Sin saber por qué, como la mayoría de las veces.

Iliana y Seta prestaron atención a Darmo y Udo, porque la pelea

iba a comenzar.

En aquél preciso momento, sin embargo, apareció Bruso.

El musculoso rubio no había asistido a la tiesta, acababa de llegar.

Serio, como siempre.

Seta seguía sin querer saber nada de él y Bruso odiaba cada día más a la pareja de terrestres, porque culpaba a éstos del prolongado enfado de la mujer que amaba.

Todas las miradas se posaron en él.

Bruso avanzó hacia Darmo y Udo.

Cuando se detuvo, a poco más de un metro de ellos, miró fijamente a Udo y dijo:

—Bruso querer luchar con terrestre.

—Tendrás que ponerte a la cola —repuso Udo, irónico,

—¿Qué ser cola?

—Lo que se saca del pino.

—¿Qué ser pino?

—Una cosa como tú, pero sin alas.

—Bruso no entender.

—Bruso ser muy duro de mollera,

—¿Qué ser mollera?

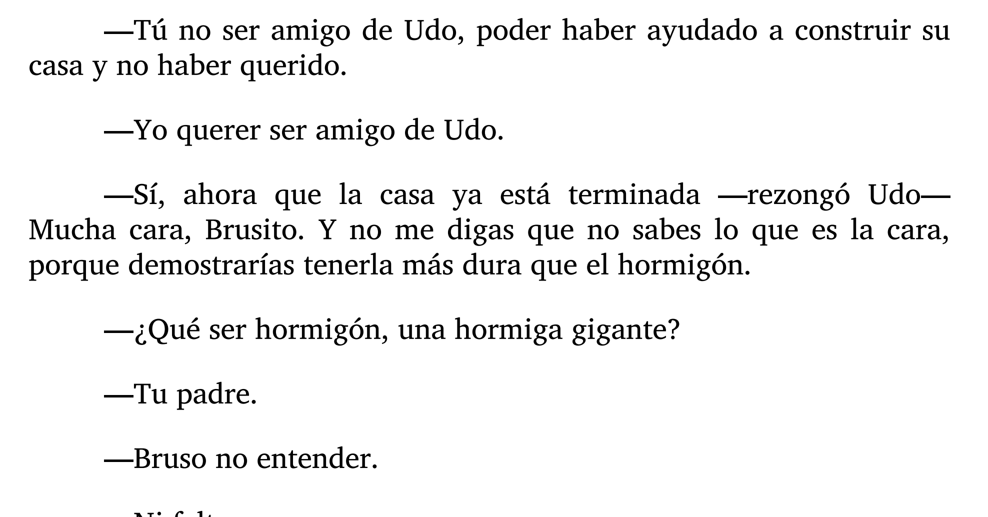
—No te digo... —rezongó Udo,

Bruso, cansado de no pillar ni una, miró a Darmo.

—Yo luchar con terrestre.

—¿Lucha amistosa? —preguntó el jefe de los hombres alados.

—Sí.



—Tú no ser amigo de Udo, poder haber ayudado a construir su casa y no haber querido.

—Yo querer ser amigo de Udo.

—Sí, ahora que la casa ya está terminada —rezongó Udo— Mucha cara, Brusito. Y no me digas que no sabes lo que es la cara, porque demostrarías tenerla más dura que el hormigón.

—¿Qué ser hormigón, una hormiga gigante?

—Tu padre.

—Bruso no entender.

—Ni falta.

Darmo miró a Udo.

—Bruso querer ser tu amigo, terrestre.

—Sí, ya lo he oído —cabeceó Udo.

—¿Tú aceptar su amistad?

—Siempre que sea sincera...

—¿Querer luchar con Bruso?

—Sí, no tengo inconveniente. Así sabrá si quiere ser muy amigo mío o poco.

—Bruso muy amigo —dijo el rubio, pero sus ojos parecían decir: «Bruso sacarte las tripas por la boca».

Iliana se dio cuenta de ello y sintió miedo.

Estuvo a punto de levantarse y gritar: «¡No luches con Bruso, Udo! ¡Quiere desgraciarte!»

Pero continuó sentada en el suelo y callada.

También Seta parecía preocupada.

No debía fiarse tampoco de Bruso.

Darmo se retiró de Udo y Bruso y dio comienzo la lucha.

Una lucha en la que valía golpearse con todo y poner en práctica cualquier presa.

Bruso fue el primero en atacar.

Con su pierna derecha.

Buscando el estómago de su rival con el desnudo tacón.

Udo pegó un salto hacia atrás y burló el golpe.

Bruso le atacó de nuevo.

Con la otra pierna.

Udo, en vez de saltar hacia atrás, agarró el pie del ser alado y se lo torció.

Bruso lanzó un grito de dolor y cayó al suelo.

Los seres alados se palmearon los muslos, porque les había gustado la acción del hombre terrestre.

A Bruso no le gustó, claro.

Ni pizca.

Se levantó furiosamente del suelo y atacó a Udo.

Con los brazos.

Quería hacerle una presa y ver si le partía el espinazo.

Udo se escabulló hábilmente y le propinó un golpe en el costado, con el canto de la mano, seco y potente.

Bruso rugió, al tiempo que se encogía

Udo le golpeó de nuevo con el filo de la mano.

Esta vez, en el cuello.

Bruso volvió a besar el suelo.

Hubo nuevos palmeos de muslos.

ES hombre terrestre tenía una forma de luchar bastante rara, pero a los seres alados les gustaba, porque era muy eficaz.

Darmo estaba gratamente sorprendido.

Pensaba que Bruso vencería a Udo pero, por el momento, era el terrestre quien llevaba las de ganar..

Y le complacía, ésa era la verdad,

Bruso se incorporó nuevamente, agarrándose el cuello y el costado, porque ambas cosas le dolían.

Esta vez, tardó algunos segundos en atacar al terrestre.

Ya se había dado cuenta que no era fácil sorprenderle y quería calcular bien su ataque, para no fallar de nuevo.

Udo le esperó.

Tranquilo, aunque no confiado,

Bruso saltó de pronto sobre él.

Como disparado por un muelle,

Udo se desplazó hacia su izquierda con asombrosa agilidad y el ser alado, al apresar sólo el vacío, se estrelló contra la amarillenta tierra de forma tan dura como espectacular.

Más palmeos de muslos.

Los de Seta estaban ya colorados, porque la joven, que deseaba fervientemente el triunfo de Udo, Se los palmeaba con ganas.

Iliana también aplaudía con fervor, pero como lo hacían en la Tierra.

Darmo se dio cuenta de ello y trató de imitarla.

Desistió pronto, porque, al no tener práctica, le costaba hacer chocar una mano contra otra y una de las veces que falló, casi le da una bofetada a su mujer.

En su caída, Bruso se había dado un fuerte golpe en la nariz y sangraba por ella.

Eso escandalizó aún más al hercúleo rubio, quien, antes de levantarse, cogió disimuladamente un puñado de tierra, la cual arrojó al terrestre a los ojos, apenas erguirse.

Udo se llevó las manos a la cara, cegado por la tierra.

Bruso lanzó un rugido de triunfo y empezó a golpearle con saña, utilizando los puños, los pies y las rodillas.

Udo cayó al suelo.

Muy cerca de la hoguera.

Bruso, a patadas, quiso arrojarlo a las llamas, para que le devorasen.

—¡No ! —chilló Iliana, poniéndose en pie de un salto y corriendo hacia el traidor Brusco.

Antes que ella, llegó una lanza.

La de Darmo.

Certeramente arrojada.

Se clavó en la espalda de Bruso, entre sus alas.

El rubio se tambaleó unos segundos y luego cayó de bruces.

Muerto,

Iliana llegó junto a Udo y se dejó caer de rodillas a su lado.

—¡Udo!

—Estoy bien, no te preocupes —la tranquilizó él, restregándose los ojos, llorosos y enrojecidos por la tierra que le cayera en ellos.

Darmo y Seta ya estaban junto a Udo, interesándose también por él.

El jefe de los hombres alados escupió con desprecio sobre el cadáver del robusto rubio.

—Bruso mentir, no querer ser amigo de hombre terrestre, querer matarlo y yo matar a él.

—Gracias, Darmo — dijo Udo, incorporándose con alguna dificultad.

El jefe de los hombres alados lo miró con admiración.

—Udo ser magnífico luchador, Bruso tener que recurrir a sucia artimaña, para derribar a terrestre. Udo enseña a Darmo su extraña forma de luchar y Darmo enseña a Udo la suya.

—Trato hecho, Darmo. Pero otro día, ¿eh? Hoy ya no estoy en condiciones... —rezongó Udo, agarrándose los riñones.

EPILOGO

Habían transcurrido ya dos meses largos desde la llegada de Udo Wartenberg e Iliana Raeva a Betno y la pareja de terrestres se sentían cada día más contentos y felices de vivir en el planeta de los hombres alados.

Iliana ya no tenía celos de Seta, porque la hermosa hija de Darmo les había hecho saber a ella y Udo que Kuto, uno de los hombres de Betno, joven y de rostro agradable, le había declarado su amor y Seta le había aceptado, yéndose a vivir con él a su cueva.

A Kuto no le importaba que Seta tuviera un hijo terrestre sin alas y prometió a ésta amar y proteger al pequeño Zalo tanto como a ella.

Seta, por todo ello, estaba radiante de felicidad.

Aquella noche, como de costumbre, Udo empezó a besar y acariciar a Iliana apenas acostarse en la cama.

Una cama amplia y rústica, confeccionada por Udo, como el resto de los muebles que tenían en la casa de troncos.

Iliana aceptó complacida las tiernas muestras de cariño de Udo, como siempre, y cerró los ojos dulcemente mientras él le besaba los senos y deslizaba su mano por su vientre, para acariciar el sedoso vello de su pubis y acabar alcanzando el carnoso cuerpecillo eréctil que sobresalía en la parte más alta de su vulva, que Udo manipuló con tanta suavidad como sabiduría.

Todo el cuerpo de Iliana se estremeció de placer y la joven no pudo contener un gemido. Sin embargo, rogó:

—No sigas, Udo.

Udo levantó la cara de entre los senos de ella y la miró, extrañado, porque era la primera vez que Iliana le prohibía acariciarle la parte más íntima y sensible de su ser, la que mayor placer le proporcionaba.

—¿Qué ocurre, cariño?

Ella abrió los ojos y le miró, con una expresión muy particular en los ojos.

—Tengo que decirte algo, Udo.

—Soy todo oídos.

—Estoy encinta.

Udo dio un respingo.

—¿Que estás...?

—Si.

—¿Seguro...?

—Seguro.

Udo la abrazó y le llenó la cara de besos.

—¡Voy a ser padre, qué alegría! —exclamó, eufórico.

Iliana rió y dijo:

—Si de verdad deseas ser padre, tendrás que tratarme con mucha delicadeza, no aplastar mi cuerpo con el tuyo.

Udo se apartó inmediatamente de encima de ella.

—No temas, de ahora en adelante, la posición supina será para ti, cada vez que hagamos el amor.

—Es una buena idea —aprobó Iliana.

Udo la tomó suavemente por la cintura y la aupó sin dificultad, dejándola sentada sobre el vientre de él.

—Cuando quieras, cariño —dijo, abriendo los brazos—. Soy todo tuyo.

Iliana volvió a reír y se inclinó sobre él, besándole en los labios, al tiempo que su hendidura íntima buscaba el acoplamiento con el miembro masculino, que ya la esperaba, deseoso de dar y recibir todo el placer posible de aquella nueva unión sexual.

Siete meses después, Iliana daba a luz una preciosa niña, volviendo loco de felicidad a Udo y a la propia Iliana, pues aquella niña, cuando fuese mayor, no tendría problemas para encontrar un marido sin alas, porque, además de Zalo, el hijo de Seta, había otros siete niños y seis niñas terrestres en Betno.

Con el tiempo, en Betno habría casi tantos seres sin alas como alados y eso, lógicamente, era motivo de íntima satisfacción para Udo Wartenberg e Iliana Raeva, quienes, desterrados injustamente dé la Tierra, su mundo, habían encontrado en Betno un mundo más noble y más justo.

Un mundo, en suma, mucho mejor para quienes, corno Udo e Iliana, sólo deseaban vivir tranquilos y en paz.

F I N

[1] *Seta extremadamente venenosa.*